

Desafección institucional e historia democrática en las nuevas democracias*

MARIANO TORCAL
Universidad Pompeu Fabra
mariano.torcal@upf.edu

Este es un estudio comparativo de la desafección institucional, una de las dimensiones de la desafección política, en las nuevas democracias. Los niveles agregados de desafección institucional no muestran una tercera ola de países bien definida, aunque en promedio la desafección institucional es mayor entre las nuevas democracias. Esto último se debe a que la desafección institucional no es producto de las recientes experiencias dictatoriales que antecedieron a la tercera ola, sino el resultado de décadas de historia democrática frustrada o convulsa. La historia democrática pasada no sólo explica los diferentes niveles de desafección institucional, sino también la naturaleza distintiva que presenta la desafección institucional en las nuevas democracias.

Muy temprano en la mañana de un día primaveral de 1974, una estación de radio en Portugal estaba emitiendo la canción *Grandola Vila Morena*. Esta era la señal para que un grupo de oficiales de rango medio de la armada portuguesa empezara un proceso revolucionario que, años más tarde, terminaría en la consolidación de una democracia representativa en Portugal. Este episodio fue, indudablemente, uno de los eventos políticos más importantes de la historia política portuguesa, pero fue también el comienzo de lo que ha sido denominado “la tercera ola democratizadora” (Huntington, 1991); un proceso que implica el reemplazo de regímenes no democráticos por democracias representativas, y que se extiende a través de varios continentes alrededor del mundo. En la mayoría de estos países este proceso culminó en la consolidación de nuevas democracias representativas que han disfrutado de un apoyo mayoritario entre sus ciudadanos. Todos los países del sur de Europa, y la gran mayoría de los países de Asia, América

* Originalmente publicado en *Central European Political Science Review*, Vol. 3, Nº 10, Budapest, 2002, invierno. (Traducción de Inés Cruzalegui).

Latina y la antigua Europa del Este tienen hoy en día nuevos regímenes democráticos que, a pesar de los serios problemas políticos y económicos, son apoyados en forma consistente por sus ciudadanos. No obstante, estas “nuevas democracias consolidadas” tienen un problema actitudinal que contrasta con el apoyo mayoritario que los ciudadanos le brindan al nuevo régimen: a pesar de sus preferencias políticas y el apoyo al régimen, los ciudadanos muestran bajos niveles de confianza en las instituciones, en los mecanismos de representación democrática y en sus representantes. A este síndrome actitudinal lo he llamado *desafección institucional*.

Sin embargo, algunos rasgos actitudinales similares pueden observarse también en las democracias occidentales más consolidadas. De hecho, desde 1960 los niveles de participación en algunas de estas democracias han decrecido considerablemente. Algunos investigadores han atribuido este descenso de la participación a una “brecha de confianza” o a un “incremento en la desafección”, resultado de un progresivo deterioro de las actitudes políticas tales como la eficacia política y la confianza en las instituciones (Barnes y Kaase, 1979; Lipset y Scheider, 1983; Dalton, 1988; Dalton, 1999; Nye, Zelikow y King, 1997; Pharr y Putnam, 2000). Entre otras cosas, esto ha conducido a buscar nuevos mecanismos de participación y, consecuentemente, a impulsar la transformación tanto del entramado institucional como en el funcionamiento de las democracias (Di Palma, 1970: 30). Está comprobado que en las democracias más tradicionales la naturaleza de la relación ciudadano-poder político está atravesando actualmente un proceso de cambio que puede advertirse en la alienación de los ciudadanos de la política, en la creciente desconfianza en las instituciones políticas, gobiernos y líderes, y en la crítica a partidos políticos y otras organizaciones tradicionales de representación política (Abramson, 1983; Klingemann y Fuchs, 1995; Orren, 1997; Nye, Zelikow y King, 1997; Norris, 1999a; Putnam, Pharr y Dalton, 2000). Por tanto, podría decirse que la relación entre los ciudadanos y el Estado está en la raíz de los cambios que actualmente tienen lugar en las democracias representativas contemporáneas.

Sin embargo, el hecho de que nuevas y viejas democracias muestren síntomas similares no significa necesariamente que tengan las mismas causas. Como se argumentará aquí, los orígenes de la desafección política en las nuevas y viejas democracias difieren sustancialmente. La mayoría de los estudios sobre actitudes y participación democrática se centran en las democracias consolidadas, intentando explicar el origen y existencia de actitudes sobre la política en países que han tenido democracias representativas desde hace cincuenta años o más; en otras palabras, democracias en las que

sus ciudadanos han acumulado una “experiencia democrática” considerable. No obstante, los ciudadanos en las nuevas democracias no tienen la experiencia “reciente y prolongada” que les permitiría evaluar el funcionamiento, los logros y el desempeño de las instituciones democráticas recientemente instauradas. Más importante aún, su única referencia para la evaluación de las instituciones y prácticas de representación política está frecuentemente relacionada con las experiencias pseudos- o antidemocráticas del pasado, repletas de prácticas democráticas irregulares y de discursos que atacan y alteran el funcionamiento regular y normalizado de las organizaciones e instituciones de representación política. Por consiguiente, es de esperar que estas experiencias políticas previas generen predisposiciones e incluso influyan negativamente en las evaluaciones de los ciudadanos sobre las actuales instituciones democráticas, y su confianza en éstas.

La consideración de aspectos políticos internos de diferentes países para poder explicar las diferencias actitudinales entre países no es algo nuevo (Nye, Zelikow y King, 1997: 273-276; Klingemann, 1999: 52; Miller y Listhaug, 1999: 201; McAllister, 1999: 202-203; Putnam, Pharr y Dalton, 2000: 26-27). Sin embargo, la propuesta que aquí se presenta difiere de estos estudios de dos maneras. En primer lugar, se sostiene que la presencia de anteriores acontecimientos políticos socializadores es un elemento esencial en la formación de actitudes de desafección institucional. En segundo lugar, se propone aquí que el peso de la socialización del pasado es bastante más negativo en las nuevas democracias, ya que éstas han tendido a sufrir en mucha mayor medida un pasado político tumultuoso, lleno de inestabilidad, manipulación, corrupción y constantes discursos en oposición a las instituciones de representación política. Las democracias de la tercera ola no son tan distintivas en sus niveles de desafección política, pero los ciudadanos de las democracias más nuevas, al evaluar sus instituciones y representantes, están continuamente influenciados por las referencias negativas previas. Por otro lado, en las democracias más antiguas estas referencias negativas no están tan presentes y su impacto socializador es mucho menor. Ello permite que los ciudadanos de las democracias más antiguas evalúen el presente con una perspectiva de futuro, tomando el ideal democrático como punto de referencia dominante.

Desafección institucional: concepto y medición

El término “desafección política” hace referencia al *sentimiento subjetivo de impotencia, cinismo y falta de confianza en el proceso político, los políticos y las*

instituciones democráticas que genera un distanciamiento y alienación respecto a éstos, y una falta de interés en la política y los asuntos públicos, pero sin cuestionar el régimen democrático (Torcal y Montero, 2006). La desafección política comprende dos aspectos o dimensiones que se miden utilizando diferentes indicadores: la desafección institucional (medida por la confianza en las instituciones representativas y la eficacia en la política externa); y la falta de compromiso político (medida por la eficacia política interna, el interés político y la importancia de la política en la vida) (Torcal y Montero, 2006)¹. El presente trabajo se concentrará en la explicación de los niveles y orígenes de la desafección institucional, que constituye una de las dimensiones de la desafección política.

Es preciso aclarar que la desafección institucional difiere de alguna manera de otros conceptos usados frecuentemente en los estudios de cultura política, como por ejemplo la alienación política, la crisis de confianza, el cinismo político y el disenso político, a pesar de que son frecuentemente utilizados de forma intercambiable, e incluso algunas veces medidos en forma similar. Muchos de estos otros conceptos sugieren un estado de crisis de legitimidad del régimen político en general, algo que no implica la definición ni naturaleza de la desafección. La desafección política no supone una crisis de legitimidad democrática, a diferencia de lo que implicaba, por ejemplo, el concepto de alienación política. La desafección política es independiente del apoyo al régimen democrático y tiene, por tanto, consecuencias diferentes sobre el comportamiento (Torcal, 2002; Gunther y Montero, 2000). De hecho, muchas de las nuevas democracias que vamos a estudiar se caracterizan por mostrar al mismo tiempo niveles altos de legitimidad democrática junto con la existencia de una elevada desafección institucional. Por otro lado, muchos de estos conceptos arriba mencionados implican una crisis del sistema que se debe al elevado descontento o insatisfacción de los ciudadanos con el desempeño del gobierno, mientras que la desafección política se manifiesta de un modo más o menos estable e independiente a las oscilaciones propias de la popularidad del gobierno o de la aprobación de las políticas que implementa. La desafección en general, y la desafección institucional en particular, constituyen por tanto una actitud *fundamental*, y como tal, poco tienen que ver con opiniones fluctuantes de corto plazo acerca de las acciones, las decisiones o la popularidad del gobierno. La evaluación de un gobierno en

¹ La prueba empírica de la presencia de estas distintivas dimensiones de la desafección política está en Torcal (2002).

particular puede afectar la movilización política y, consecuentemente, puede conducir a una derrota electoral (*“throw the rascals out”*), pero no tiene ningún impacto sobre las otras dos dimensiones de la cultura política: la desafección política y el apoyo al régimen democrático (Farah, Barnes y Heunks, 1979).

Antes de comenzar a analizar los niveles comparativos y el origen de la desafección institucional, resulta importante destacar que su presencia crecientemente conspicua entre las democracias representativas no presupone una crítica a las actuales democracias representativas o la defensa de algún modelo de democracia o ciudadanía en particular. Los efectos de la desafección política no son los mismos en todas las democracias, llegando a tener unos efectos positivos en muchas de ellas. La presencia de ciudadanos críticos (desafectos demócratas) puede generar un efecto dinamizador de la vida democrática (Norris, 1999; Torcal, 2002; Torcal y Montero, 2006). De hecho, como se ha argumentado en otro lugar (Torcal y Montero, 2006) la desafección política puede influir sobre el comportamiento de manera diferente, dependiendo del contexto político en el que se origina y desarrolla.

Diferentes teorías acerca del origen de la desafección política

Una variedad de hipótesis diferentes ha sido utilizada para explicar los crecientes niveles de cinismo político, la falta de confianza en las instituciones y otras actitudes que podrían englobarse en lo que se ha llamado desafección. Con el propósito de sistematizar estas hipótesis las dividiré en tres grupos principales: las explicaciones políticas, las explicaciones económicas y las explicaciones socioculturales².

² Dos trabajos recientes que se destacan por sus esfuerzos de sistematizar todas las hipótesis sugieren la existencia de cuatro grupos de factores. Nye, Zelikow y King (1997: 8-17) distinguen entre variables sociales y culturales (capital social y cambio cultural), variables políticas (fin de la Guerra Fría, falta de liderazgo político, corrupción y el efecto de la Segunda Guerra Mundial, realineamientos del sistema de partidos y el impacto negativo de los medios de comunicación), variables económicas (declinación en niveles de crecimiento, globalización, transformaciones tecnológicas y la revolución de la computadora) y variables relacionadas con el desempeño gubernamental. Norris (1999a: 21-25) también agrupa en cuatro a los factores, aunque existen algunas diferencias. Ella considera que las explicaciones económicas son parte de los factores políticos (desempeño gubernamental). Además, agrega una variable que es estrictamente institucional (política para Nye, Zelikow y King, 1997) e incluye las teorías de la modernización dentro de las causas culturales.

Explicaciones políticas

El grupo de explicaciones políticas contiene varias hipótesis diferentes. La primera comprende lo que comúnmente se conoce como los “factores institucionales”³. Según estas “explicaciones institucionales”, la caída en la confianza institucional puede atribuirse a la naturaleza del sistema de partidos (tanto excesivamente concentrado como fragmentado), a la inestabilidad gubernamental que éste puede provocar, o a otros factores político-institucionales como el tipo de sistema institucional (parlamentarismo/presidencialismo), el grado de desarrollo de los derechos civiles y libertades, o la falta de rotación de los partidos en el gobierno. Esto contribuiría a explicar los diversos niveles de desafección observados en los diferentes países, pero no así la tendencia generalizada a un aumento de la desafección (si este es realmente el caso).

Una segunda explicación política que podría dar cuenta de los diferentes niveles de desafección entre los países se vincula con el desempeño gubernamental. Según el clásico estudio de Miller (1974: 951-972) sobre este tema, la falta de confianza de los ciudadanos en las instituciones de gobierno puede ser causada por los largos períodos de expectativas frustradas, que resultan de un funcionamiento gubernamental inadecuado o defectuoso⁴. Esto sugiere que los bajos niveles de confianza institucional no están tan relacionados con los logros objetivos del gobierno, sino que —como muestra un estudio reciente— estarían relacionados con la brecha entre el logro gubernamental y las expectativas ciudadanas (Miller y Listhaug, 1999: 212-

³ Mucha de la literatura coincide en la sugerencia de la importancia de los factores institucionales, pero desacuerda a la hora de definir las variables dependiente e independiente. Algunos autores eligen la satisfacción con la democracia como la variable dependiente, otros eligen la confianza en las instituciones, mientras que otros la confianza política o la confianza en los políticos. Debido a esto, algunas de las conclusiones que surgen de la literatura están en conflicto. El trabajo más exhaustivo acerca de este tema, con una discusión adicional acerca del problema de usar la satisfacción con la democracia como variable dependiente, se encuentra en Norris (1999b: 220). Muchas variables también han sido utilizadas como independientes. Norris (1999b: 232) incluye dentro de los factores institucionales en su modelo: el cambio en los partidos en el gobierno, el grado de libertad y libertad política, el sistema de partidos, y en menor medida, la descentralización del Estado y el parlamentarismo/presidencialismo. Alguna de la literatura más reciente que merece especial atención, a pesar de la presencia de algunos errores, incluye: Williams (1985: 125-142); Miller y Listhaug (1990: 357-389); Listhaug y Wiberg (1995); Morlino y Tarchi (1996); Anderson y Guillory (1997: 66-81).

⁴ Sin embargo, no debe olvidarse que este trabajo presenta dos problemas: primero, la variable política en este caso es la confianza política más que la confianza en las instituciones y, segundo, el trabajo utiliza las bien conocidas y problemáticas cinco preguntas desarrolladas por Stokes que parecen medir en alguna medida también la evaluación del gobierno.

216). Otros estudios, en cambio, atribuyen el descenso en la confianza institucional a la expansión de las responsabilidades gubernamentales y a la “sobrecarga” resultante a la que los ciudadanos han sometido a estas instituciones. Esto genera entre los ciudadanos un sentimiento generalizado de que el gobierno falla en responder a sus necesidades y expectativas (Huntington, 1968; Crozier, Huntington y Watanuki, 1975). Recientemente, Pharr y Putnam (2000:23) sostienen que el criterio utilizado por el público para evaluar el desempeño gubernamental e institucional está cambiando, lo que a su vez contribuye al deterioro de la confianza institucional.

Un último subgrupo de hipótesis políticas que explica el amplio descenso en la confianza institucional incluye aquellas que se refieren al “espíritu de los tiempos”. Este subgrupo comprende a todos los estudios que atribuyen la erosión de la confianza política en ciertas democracias a la extensa cobertura de una serie de escándalos políticos por los medios de comunicación, influyendo en la opinión pública y causando un creciente distanciamiento de los ciudadanos con respecto a las instituciones y la política en general (Abramson, 1983; Lipset y Scheider, 1983; Wattenberg, 1986; Dogan, 1997: 3-29). Pharr y Putnam (2000:23) han llamado a esta explicación el factor información.

Es preciso advertir, sin embargo, que este grupo de hipótesis políticas generalmente asume como modelo a las democracias consolidadas. Como se planteó en la introducción, los diferentes pasados políticos de las nuevas democracias pueden introducir factores políticos no considerados en las hipótesis discutidas previamente. En efecto, en este trabajo se argumenta que los eventos políticos pasados son un elemento esencial en la formación de actitudes de desafección, y que la socialización política que resulta de estos eventos influye e interfiere en la evaluación de los ciudadanos sobre las instituciones políticas actuales y su desempeño. Por lo tanto, el pasado político es un factor importante que, aunque generalmente pasado por alto, debería ser incluido en las hipótesis que explican la desafección política.

Explicaciones económicas

El segundo grupo de hipótesis utilizadas para explicar la evolución de la desafección está basado en factores económicos. Estas hipótesis aplican las teorías anteriormente mencionadas sobre desempeño gubernamental y sobrecarga política a la economía. Las hipótesis económicas plantean que los niveles de desafección dependen de los logros o fracasos económicos y sociales del gobierno (lo cual explicaría la diferencia entre países) (Muller y Seligson, 1994: 635-652; Clarke, Dutt y Kornberg, 1993: 998-1021), combi-

nado con las expectativas de alto crecimiento económico continuamente insatisfechas. Estas expectativas son el producto de los altos niveles de expansión económica y empleo de los años cincuenta y sesenta (Nye, 1997: 10-13; Lawrence, 1997: 115). Sin embargo, este grupo de explicaciones económicas no es ampliamente aceptado. La correlación existente entre factores socioeconómicos y la evolución de la confianza institucional no sólo es cuestionable, o al menos empíricamente discutible (McAllister, 1999: 201; Clarke, Dutt y Kornberg, 1993: 1015)⁵, sino que además parece claro que los decrecientes niveles de confianza en los países industrializados no se corresponde en el tiempo con el periodo de deterioro económico de los años setenta y ochenta (Lawrence, 1997: 113).

Explicaciones socioculturales

Las explicaciones socioculturales son, en la literatura acerca de este tema, el último grupo de hipótesis; las cuales pueden dividirse en dos subgrupos. El primero de éstos se vincula con las llamadas “teorías del desafío”⁶, según las cuales todos los síntomas actitudinales de la desafección en las democracias representativas son simplemente el producto de una insatisfacción de los ciudadanos con respecto a ciertos mecanismos institucionales de representación política. Esta insatisfacción ha conducido a los ciudadanos a formular crecientes demandas en busca de cambios en el formato y el funcionamiento de las instituciones tradicionales de representación política al mismo tiempo que una búsqueda de mecanismos más directos de acción política. Estas demandas han presentado un nuevo desafío a las democracias representativas más tradicionales, particularmente en lo que concierne a la relación ciudadano-gobernante. Algunos analistas creen que este desafío es el resultado de niveles educacionales más altos, de cambios culturales y de la movilización cognitiva que ello ha acarreado (Kaase y Marsh, 1979: 37-41; Dalton, 1988: 241-242; Inglehart, 1977; Kaase y Newton, 1995: 40-41; Kinglemann y Fuchs, 1995: 22). Según este subgrupo de hipótesis, estos cambios han dado origen a un nuevo tipo de ciudadano que está más preocupado por problemas específicos y con la manera en la que el gobierno los maneja. Estos ciudadanos tienden a ser más exigentes; están mejor informados políticamente a través de los medios de comunicación y utilizan mecanismos alternativos (menos convencionales) de acción política.

⁵ El déficit público parecería ser el único factor objetivo que está directamente relacionado con la evaluación de las instituciones; ver Miller y Listhaug (1999: 208-210).

⁶ Este subgrupo de hipótesis también se conoce como las teorías de la “nueva política”.

Un segundo subgrupo de explicaciones socioculturales tiene una vinculación con las denominadas “teorías de la modernización”. Éstas están basadas en estudios clásicos como los realizados por Banfield, Lerner y Lipset (Banfield, 1958; Lerner, 1958; Lipset, 1960), quienes creían que las débiles actitudes políticas de participación y cooperación son características de sociedades atrasadas, y que, por lo tanto, desaparecen cuando éstas se han modernizado. De acuerdo con estos estudios, los ciudadanos tienden a convertirse en políticamente más activos a medida que la sociedad se moderniza, o al menos estos ciudadanos esperan y asumen un rol más activo en el sistema político. De modo que estas actitudes deberían cambiar y desarrollarse con la modernización de la sociedad. La prueba empírica de estas hipótesis requiere la búsqueda de relaciones estadísticas entre una variedad de características sociodemográficas del encuestado (Finifter, 1970: 389-410; Form y Rytina, 1971: 659-688; Wright, 1975: 219-226). Por ejemplo, muchos estudios han intentado relacionar la desafección con el estatus socioeconómico, el género, la religión, el origen regional y la edad del encuestado. Los análisis macro se concentran en mostrar la relación entre los niveles actitudinales de cada país e indicadores que reflejan el grado en el que estos países han sido modernizados.

Niveles comparativos de apoyo democrático y desafección institucional

En general, el apoyo de los ciudadanos al régimen democrático en la mayoría de las nuevas democracias no presenta grandes diferencias con el observado en las democracias históricamente más estables. Como puede observarse en la Tabla 1, la media de apoyo entre los dos grupos de democracias no presenta apenas diferencias, si bien puede haber algunos casos más particularizados de bajo o alto apoyo, confirmando las conclusiones de otros investigadores (Montero y Morlino, 1995: 238; Bruneau, 1984: 35-39). Los datos de la Tabla 2, que muestran los niveles de legitimidad durante el período 1985-1995 en España y 1985-2002 en Grecia y Portugal, demuestran que generalmente alrededor del 75-85 por ciento de los ciudadanos de estos países apoyan al nuevo régimen (con la excepción de España y Portugal en 1985, debido al alto porcentaje de encuestados que decide “no responder”). Pero aún más importante es que la opción autoritaria obtuvo poco apoyo entre los ciudadanos de estas nuevas democracias (Montero, Gunther y Torcal, 1998: 52-57; Bacalhau, 1995: 44-47; Montero y Morlino, 1995: 236). Estos datos muestran, de forma bastante clara, el apoyo de los ciudadanos a los regímenes

democráticos recientemente establecidos. Pero igualmente importante es que estos datos muestran la estabilidad de este apoyo a pesar de los cambios en la situación política de estos países durante el período analizado (crisis económica y política, escándalos de corrupción y cambios en las mayorías electorales).

Tabla 1
Legitimidad democrática en 12 países de Europa, 1992
(porcentajes horizontales)

Países*	Democracia es preferible	Autoritarismo	No importa	NS/NC
Dinamarca	92	4	2	1
Bélgica	90	4	3	2
Grecia	90	4	3	2
Alemania (sólo Oeste)	83	8	5	2
Portugal	83	9	4	4
Luxemburgo	82	2	6	9
Alemania	81	8	7	3
Holanda	81	9	5	5
España	78	9	7	6
Francia	78	7	11	5
Gran Bretaña	76	6	11	6
Italia	73	14	6	7
Irlanda	63	10	21	6
Promedio	78	9	8	5

* Los países están ordenados de acuerdo al apoyo incondicional a la democracia.
Fuente: Eurobarometro 37, 1992.

Tabla 2
Legitimidad democrática en las nuevas democracias de Europa del Sur (porcentajes horizontales)

Países* y años	Democracia es preferible	Autoritarismo	No importa	NS/NC
España 1985	70	10	9	11
España 1988	75	8	14	3
España 1992	78	9	7	6
España 1995	79	9	8	4
Grecia 1985	87	5	6	2
Grecia 1988	90	3	4	3
Grecia 1992	91	4	3	2
Grecia 1996	85	10	3	2
Portugal 1985	61	9	7	23
Portugal 1988	84	7	9	-
Portugal 1992	83	9	4	4

* Los países están ordenados alfabéticamente y por fecha.
Fuente: Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), Estudio de Cuatro Naciones (Four Nation Study) 1985, Eurobarómetros 30 y 37. La información de Grecia 1996 fue provista por P. Nikiforos Diamandouros y pertenece al proyecto Comparative National Election Project (CNEP). Ver también Montero, Gunther y Torcal (1998: 128).

Sin embargo, no todas las nuevas democracias exhiben niveles similares de apoyo al régimen democrático. Esto se refleja claramente en la Tabla 3, que muestra el grado de legitimidad concedida por los ciudadanos a los nuevos regímenes democráticos en algunos países latinoamericanos. Por un lado, países como Uruguay y Argentina muestran altos niveles de apoyo a sus respectivos regímenes, mientras que muchos otros, como Chile, Brasil, Paraguay y Perú, tienen menores niveles de legitimidad democrática (Diamond, 1999: 179; Linz y Stepan, 1996: 173 y 214). Ejemplos similares pueden también encontrarse en otras nuevas democracias, como es el caso de Rusia y las ex repúblicas soviéticas, Bielorrusia y Ucrania, así como Taiwan y Corea del Sur (Rose, 1994: 19-30; Rose y Mishler, 1996: 29-58; Shin y Shyu, 1997: 109-124; Klingemann, 1999).

Tabla 3
Legitimidad democrática en algunos países latinoamericanos
(porcentajes horizontales)

Países* y años	Democracia es preferible	Autoritarismo	Es todo lo mismo	NS/NC
Uruguay 1988	73	10	8	9
Uruguay 1995	81	8	6	4
Uruguay 1996***	80	—	—	—
Argentina 1988	74	13	10	3
Argentina 1995	76	11	6	6
Argentina 1996***	71	—	—	—
Venezuela 1995	60	21	13	6
Venezuela 1996***	62	—	—	—
Paraguay 1995	52	20	18	10
Paraguay 1996***	59	—	—	—
Perú 1988**	77	16	—	7
Perú 1995	52	23	14	10
Perú 1996***	63	—	—	—
Chile 1988	57	11	27	5
Chile 1995	52	18	26	4
Chile 1996	54	19	23	4
Brasil 1988	43	21	26	10
Brasil 1995	41	21	23	15
Brasil 1996	50	24	21	5

* Los países están ordenados de acuerdo al apoyo incondicional a la democracia.

** En Perú 1988, las categorías eran de algún modo diferentes: “democracia constitucional”, “militar”, “revolucionaria marxista”, y “otra”.

*** Algunos datos de 1996 son de fuentes publicadas, y están incompletos en algunas categorías.

Fuente: Para 1988, Moisés (1995); para Perú 1988, Apoyo S.A.; para 1995, datos del Latinobarómetro 1995; para 1996, Lagos (1997: 133).

Deben, por tanto, hacerse dos afirmaciones respecto a los diferentes grados de legitimidad en las nuevas democracias. En primer lugar, los diferentes niveles de apoyo a los nuevos regímenes prueban la validez de este indicador. Éste revela las distintivas preferencias de los ciudadanos a la hora de elegir entre diferentes regímenes políticos, particularmente cuando pueden compararlos a partir de experiencias personales o recuerdos recientes (Rose y Mishler, 1996: 80-81; Montero, Gunther y Torcal, 1998: 12-13). Los niveles de apoyo a la democracia en Argentina y Uruguay son similares a aquellos de Europa occidental, pero contrastan ampliamente con los de otros países de Sudamérica (ver Tabla 3). Esto puede observarse también en otros estudios comparativos que miden el apoyo abstracto al régimen democrático utilizando otros indicadores⁷. Además de mostrar el apoyo que los ciudadanos otorgan a los regímenes recientemente establecidos en la mayoría de las nuevas democracias, esas preguntas también revelan los bajos niveles de apoyo en los países anteriormente mencionados y en otros países de Europa del este, como Letonia, Bielorrusia, Moldavia, Rusia y Ucrania (Klingemann, 1999: 42-46; Rose y Mishler, 1996: 83-88).

En general, con la excepción de países como Brasil, Chile, Perú, Corea del Sur y otros del este de Europa, podemos concluir que las nuevas democracias generalmente muestran resultados positivos en términos de las actitudes de los ciudadanos de apoyo al régimen democrático. El caso de España constituye un buen ejemplo. A pesar de ciertas actitudes reformistas y difusos sentimientos anticapitalistas (Linz, 1984: 89; Montero, Gunther y Torcal, 1998: 50-51), los españoles aceptan el orden social y económico con tanta convicción como otros europeos, pero también le otorgan apoyo mayoritario al sistema democrático. Este apoyo se desarrolla paralelamente con la moderación ideológica, que es también una característica general de los ciudadanos en la mayoría de las nuevas democracias (Torcal, 2002).

Sin embargo, y contrariamente a lo observado con respecto al apoyo a los nuevos regímenes democráticos, la desafección política es en cierto modo mayor en las nuevas democracias, aunque —como veremos— esta no sea una característica actitudinal distintiva en todas las nuevas democracias. Por ejemplo, en la Tabla 4 puede observarse que el porcentaje de ciudadanos que está de acuerdo con las enunciados que se refieren a la eficacia política externa⁸ son más altos en España y en Grecia, pero no así en Portugal. Los datos mues-

⁷ Ver, por ejemplo, Tabla 2.6 en Klingemann (1999).

⁸ Los enunciados son: “La mayoría de las personas con poder intentan sacar ventaja de gente como uno”, y “Las personas que gobiernan el país no tienen interés en lo que le pasa a gente como uno”.

tran que en 1986 los ciudadanos de España y Grecia, junto con aquellos de Bélgica, Irlanda y Gran Bretaña, son los europeos que se proclamaron a sí mismos como políticamente ineficaces. Es cierto que también Portugal podría unirse al grupo si se tiene en consideración los datos comparativos del Estudio Cuatro Naciones de 1985 (Tabla 5). En efecto, estos datos muestran que la ineficacia política entre los portugueses es tan alta como entre los españoles⁹. Por otro lado, los niveles de ineficacia política griega han fluctuado sustancialmente a lo largo del tiempo. Por ejemplo, en 1985 la ineficacia política entre los griegos era relativamente baja¹⁰, a pesar de que los datos de encuestas recientes en ese país muestran que sólo el 29 por ciento está en desacuerdo con el primer enunciado negativo y sólo el 12 por ciento está en desacuerdo con el segundo¹¹. Por lo tanto, entre las nuevas democracias del

Tabla 4
Eficacia política en Europa occidental, 1986 y 1988

Países*	Porcentaje de aquellos que estuvieron de acuerdo con al menos un indicador**	
	1986	1988
Italia	82	72
Grecia	74	58
Bélgica	68	54
España	66	52
Irlanda	61	52
Gran Bretaña	61	52
Holanda	60	46
Francia	58	48
Alemania occidental	52	44
Luxemburgo	44	29
Portugal	32	20
Dinamarca	31	24

* Los países están ordenados de acuerdo con la ineficacia política en 1986.

** Los enunciados utilizados fueron: “La mayoría de las personas con poder intentan sacar ventaja de personas como uno” y “Las personas encargadas de manejar al país no tienen interés en lo que les pasa a personas como uno”.

Fuente: Eurobarómetros 26 y 30.

⁹ Estos datos están más de acuerdo con los altos niveles de cinismo y alienación política que, de acuerdo con algunos autores, han caracterizado a los ciudadanos portugueses desde el comienzo de la transición; ver Bruneau y Bacalhau (1978); Bruneau (1984); Bruneau and Macleod (1986).

¹⁰ Estos resultados reflejan los hallazgos de otros investigadores desde los inicios de la transición política griega; ver Dimitras (1990: 92-115).

¹¹ Encuesta griega del CNEP, 1996. Esta encuesta incluye una tercera categoría de respuesta neutral “depende”, seleccionada por el 14 por ciento de los encuestados. Ver, también, Mendrinou y Nicolapoulos (1997: 25).

Tabla 5

Eficacia política externa en el Sur de Europa, 1985
(porcentaje de quienes dicen estar completamente o parcialmente de acuerdo con cada enunciado)

Indicador	España	Grecia	Italia	Portugal
No creo que a los oficiales públicos les importe lo piensan personas como uno	74	53	81	88
No importa quién este en el gobierno, ellos están sólo preocupados por sus intereses personales	73	69	83	89

Fuente: Estudio de Cuatro Naciones (Four Nations Study), Banco de Datos del CIS.

sur de Europa, sólo Grecia presenta una configuración distintiva en los niveles de eficacia política. Pero, incluso Grecia presenta a lo largo del tiempo un modelo algo más próximo al observado en otros países de Europa del sur: las diferencias positivas iniciales en los niveles de afición han descendido dramáticamente acercándose a niveles similares a los observados en los otros países del sur de Europa (Mendrinou y Nicolapoulos, 1997: 22-29).

Además, al observar a las democracias de la tercera ola de América Latina, se advierte que el panorama de desafección institucional entre las nuevas democracias está lejos de ser uniforme. La ineficacia política (particularmente, la ineficacia externa) es bastante alta entre los ciudadanos de algunos países de América Latina, pero no en todos. Como muestra la Tabla 6, sólo entre el 16 y el 29 por ciento de los latinoamericanos respondieron afirmativamente al enunciado “congresistas y senadores se preocupan por gente como uno”. Sin embargo, los ciudadanos de Uruguay y Chile se sienten de algún modo más optimistas a la hora de valorar lo que se preocupan sus representantes en las cámaras legislativas (38 por ciento y 24 por ciento respectivamente).

Con respecto a la confianza institucional, otro de los indicadores de la desafección institucional, las comparaciones entre nuevas y viejas democracias parecen ir en la misma dirección: diferenciación con respecto a las democracias más históricas, pero no uniforme y semejante para todas las nuevas democracias. Por ejemplo, y como Maravall (1984) observó para 1980, los españoles son más negativos en sus evaluaciones de las instituciones políticas y sociales, mostrando una clara falta de confianza¹². Rose (1994: 145)

¹² La comparación incluye referencias al *resultado del sistema*, por ejemplo, la aprobación y legitimidad dada por los ciudadanos a la decisión tomada por las autoridades responsables (30-33 por ciento), las autoridades burocráticas (81 por ciento) y las cortes (47 por ciento). Ver Maravall (1984: 125-126). A pesar de un claro descenso observado para Estados Unidos y Gran Bretaña,

Tabla 6
Eficacia externa en siete países latinoamericanos, 1995

Países*	Porcentaje "de oficiales públicos que les importa lo que piensan personas como uno" (eficacia externa)
Brasil	16
Venezuela	16
Argentina	19
Chile	24
Paraguay	28
Perú	29
Uruguay	38

* Los países están ordenados de acuerdo al grado de eficacia externa.
Fuente: Latinobarómetro 1995.

defiende esta misma conclusión a partir de la valoración de algunos datos obtenidos de 1988 que reflejan la brecha de confianza institucional entre los españoles y los ciudadanos de Gran Bretaña, América del Norte, Francia y Alemania. Esta baja presencia de confianza está también claramente presente en otras nuevas democracias a pesar del marcado descenso de la confianza institucional en Estados Unidos¹³ y en Europa occidental¹⁴ a lo largo de décadas recientes. Los datos comparativos de la *World Value Survey* de 1990 (ver Tabla 7) muestran que los ciudadanos en España y Portugal tienen los menores niveles de confianza institucional de Europa occidental, particularmente en el parlamento, la administración pública y el sistema legal¹⁵. Sin

son considerablemente bajos los porcentajes presentados por Maravall para España. Ver Inglehart (1977: 306); Abramowitz (1989: 189-190). Para Gran Bretaña ver Budge (1971: 171); Jessop (1974: 99); Kavanagh (1989: 145-147); Parry, Moyser y Day (1992: 181).

¹³ Ha sido también argumentado que la declinación en la confianza se refiere más a la confianza en las autoridades que en las instituciones *per se*. Ver Lipset y Schneider (1983: 27-28 y 88-89); Merkl (1988: 32-33); Dogan (1995: 57-71).

¹⁴ Un estudio reciente ha argumentado que la declinación en los niveles de confianza ha ocurrido entre las instituciones de gobierno, mientras que la confianza se ha mantenido constante o incluso incrementado en, por ejemplo, el parlamento nacional. Ver Lishaug y Wiberg (1995). Sin embargo, en un estudio reciente, Dalton (1999: 62-69), argumenta a favor de la presencia de una clara declinación.

¹⁵ Es importante señalar que aparentemente los españoles confían sólo en los medios de comunicación (ocupan la tercera posición en el ranking de países que confían en los medios de comunicación) y en los sindicatos (cuarta posición). Sin embargo, no resulta muy confiable este dato acerca de la confianza en los sindicatos y, por tanto, requiere un análisis más detallado. Estos niveles de confianza no son confirmados por otras encuestas españolas (encuestas CIS y CIRES), en las que los sindicatos aparecen sistemáticamente como las instituciones de menor confianza entre los españoles. Más adelante, en España la participación y la asociación a sindicatos son menores que en el resto de Europa occidental, e incluso está en deterioro.

embargo, y pese a la presencia generalizada de una más alta confianza en las instituciones entre los ciudadanos de las democracias más históricas, la baja confianza también está presente en países como Italia, Francia y Bélgica.

Tabla 7

Confianza en las instituciones en 14 democracias, 1990
(porcentaje de quienes declaran que las instituciones son muy o bastante confiables)*

Países	Iglesia	Fuerzas Armadas	Sistema educativo	Sistema legal	Prensa	Sindicatos	Parlamento	Administración	Org. empresariales	Seguridad social
Alemania	39	39	53	65	34	36	50	38	38	70
Austria	50	29	65	58	18	35	41	42	42	68
Bélgica	51	34	72	46	43	37	42	42	50	66
Dinamarca	47	46	81	79	31	46	42	51	38	69
Estados Unidos	67	47	55	57	56	33	45	60	50	53
España	47	39	63	46	48	39	37	34	46	43
Francia	50	56	66	57	38	32	48	49	67	70
Holanda	32	31	65	63	36	53	53	46	48	69
Inglaterra	45	81	49	52	15	27	44	46	47	33
Irlanda	72	61	73	47	36	43	50	59	52	59
Islandia	68	24	80	67	20	51	53	46	40	69
Italia	60	46	47	32	39	33	31	25	62	37
Noruega	45	65	—	75	43	59	59	44	53	—
Portugal	63	52	57	44	37	33	38	36	47	53
Suecia	37	49	—	56	33	40	47	44	53	—

* Los países están ordenados alfabéticamente.

Fuente: Encuesta Mundial de Valores (World Value Survey), 1990–1991.

Hallazgos muy similares pueden observarse en algunas de las nuevas democracias latinoamericanas. La Tabla 8, que exhibe el porcentaje de ciudadanos que tiene mucha o bastante confianza en una serie de instituciones, muestra que sólo la Iglesia y las Fuerzas Armadas reciben una aprobación mayoritaria, esto es, con resultados por encima del 50 por ciento en la mayoría de los países. Las únicas excepciones son Argentina y Paraguay, en donde los ciudadanos tienen menos confianza en las Fuerzas Armadas, si bien siempre superior al que reciben todas las otras instituciones. Esto resulta muy significativo si se recuerda que las Fuerzas Armadas en estos dos últimos países han quedado frecuentemente desacreditadas por las recientes experiencias autoritarias. En general, y retomando la comparación general de la región, la confianza en los partidos políticos, los sindicatos, las cortes, los congresos nacionales y la administración pública es relativamente baja en casi todos los países latinoamericanos (Turner y Martz, 1998: 65-84 y 66-70), si bien hay dos excepciones significativas: Chile y Uruguay. En Uruguay la confianza en el Congreso alcanza el 50 por ciento. Ello no resulta sorprendente puesto que Uruguay tuvo, anterior-

mente al golpe de Estado de 1973 y como resultado de la convergencia de las elites de los principales partidos (*Blancos y Colorados*), la tradición democrática más larga y profunda de Latinoamérica (Gillespie, 1992: 178-182). Incluso el régimen militar instalado en 1973 nunca fue un proyecto de largo plazo, y, a pesar de la represión del mismo, nunca intentó suprimir los partidos políticos¹⁶. Por su parte, Chile, con anterioridad a los acontecimientos políticos de los inicios de 1970 que desembocaron en el golpe de Estado de Pinochet, se caracterizó por la existencia de un período prolongado de historia democrática estable y exitosa, a pesar del dramático colapso del régimen en 1973. Por tanto, no es sorprendente que Chile muestre uno de los niveles más altos de confianza en los partidos políticos, y el más alto de la zona con respecto al Congreso y los sindicatos.

Tabla 8
Confianza institucional en algunos de los países latinoamericanos, 1995 (porcentajes de aquellos que declaran que las instituciones son muy o bastante confiables)

Instituciones	Argentina	Brasil	Chile	Paraguay	Perú	Uruguay	Venezuela
Iglesia	65	74	81	89	78	56	77
Fuerzas Armadas	39	61	56	34	64	45	56
Sindicatos	20	38	46	40	33	41	19
Cortes	35	41	37	37	27	58	29
Organizaciones empresariales	36	42	41	37	45	37	38
Administración pública	28	29	44	20	32	43	22
Parlamento	37	27	49	46	46	50	22
Partidos políticos	27	17	33	23	21	41	16
Asociaciones de administración	33	28	46	35	36	38	26
Gobierno	39	32	60	37	71	47	27

Fuente: Latinobarómetro 1995.

La situación de estos dos países contrasta con la de Venezuela, donde la confianza institucional es muy baja a pesar de que ha tenido una democracia estable desde 1958. De este modo, aunque las nuevas democracias tienden a tener en general bajos niveles de confianza institucional, existen

¹⁶ De hecho, los militares también fueron divididos en dos grandes “familias políticas”. Ver Gillespie (1991: 54-55 y 71-73); Linz y Stepan (1996: 152).

algunas excepciones como Chile y Uruguay, e incluso Grecia. Asimismo, esta falta de confianza no es aparentemente un rasgo exclusivo de los regímenes democráticos recientemente establecidos, tal como lo muestran los datos disponibles para Venezuela e Italia. Estos niveles comparativos tienden a reforzar los hallazgos de estudios recientes que demuestran que la falta de confianza institucional no va necesariamente unida a la presencia de experiencias políticas dramáticas bajo regímenes autoritarios durante los años sesenta y setenta (Klingemann, 1999: 47-48). De hecho, un estudio comparativo reciente argumenta que a pesar de que la confianza institucional es baja en las nuevas democracias, no puede ser identificado un grupo claro de nuevas democracias con respecto a los niveles o evolución de estas actitudes (Norris, 1999a: 227). Esto sugiere que las diferentes tendencias observadas en cada país pueden deberse a factores políticos internos que van más allá de sus recientes experiencias autoritarias (Klingemann, 1999: 52).

Las diferencias que caracterizan a los ciudadanos en las nuevas democracias del sur de Europa y Latinoamérica pueden ser observadas más claramente cuando comparamos los índices promedio de evaluación institucional. Estos índices están diseñados para mostrar las dos dimensiones que miden las evaluaciones que los ciudadanos europeos pueden hacer de sus instituciones: las instituciones estrictamente políticas y las otras instituciones de la sociedad¹⁷. Ambos índices han sido, por tanto, diseñados con estas dos dimensiones en mente. El primer índice sólo incluye las evaluaciones de aquellas instituciones que pertenecen al sistema político estrictamente hablando (el parlamento, la administración pública y el sistema legal). El segundo incluye estas tres instituciones políticas además de tres instituciones sociales importantes (los sindicatos, la Iglesia y las grandes empresas). Aunque puede debatirse la inclusión de algunas de estas instituciones en el índice, la decisión puede justificarse porque éstas han sido utilizadas en estudios comparativos para mostrar los decrecientes niveles de confianza en muchas de las democracias occidentales. La Tabla 9, que contiene la información comparativa de estos índices, confirma que los ciudadanos de Argentina, Bélgica, Brasil, Italia, Perú, Portugal, España y Venezuela tienen los niveles más bajos de con-

¹⁷ De acuerdo con Listhaug y Wiberg (1995: 320), la distinción entre las instituciones políticas y privadas puede observarse en estudios acerca de los patrones de confianza en un grupo de países europeos. Rose (1994) ha clasificado a estas instituciones entre aquellas pertenecientes al gobierno y aquellas no gubernamentales. Döring (1992: 126-146 y 133-137) ha distinguido entre instituciones de la "sociedad civil" e instituciones del "orden establecido". A pesar de sus diferentes nombres, la agrupación de instituciones en estas dos dimensiones es muy similar.

fianza institucional¹⁸; es decir, sus evaluaciones son negativas. La distribución de confianza institucional en esta dimensión es otra prueba de que la distancia política que existe entre los ciudadanos y los gobernantes no es uniforme (Listhaug y Wiberg, 1995: 302), ya que una baja confianza en las instituciones políticas es más frecuente entre las nuevas democracias que entre las más antiguas, pero al mismo tiempo una baja confianza en las instituciones políticas no es un rasgo característico exclusivo de las nuevas democracias. Los casos de Chile y Uruguay (nuevas democracias con altos niveles de confianza) y los casos de Italia y Venezuela (democracias más tradicionales con muy bajos niveles de confianza) así lo evidencian.

Tabla 9

Confianza política en las instituciones de las democracias occidentales, 1981 y 1990 (índice de la confianza promedio en las instituciones del sistema político y en otras instituciones sociales)

Países*	1981		1990	
	Político	Socio Político	Político	Socio Político
Argentina	—	—	1.80	1.90
Perú	—	—	1.87**	2.14
Venezuela	—	—	2.03**	2.29
Italia	2.17	2.21	2.09	2.30
Brasil	—	—	2.19	2.44
Portugal	—	—	2.24	2.32
España	2.44	2.40	2.30	2.35
Bélgica	2.39	2.36	2.34	2.35
Uruguay	—	—	2.39**	2.38
Francia	2.50	2.42	2.43	2.40
Austria	—	—	2.48	2.43
Suecia	2.56	2.46	2.48	2.42
Gran Bretaña	2.57	2.48	2.50	2.41
Alemania	2.56	2.45	2.52	2.41
Holanda	2.52	2.38	2.52	2.43
Irlanda	2.55	2.59	2.55	2.61
Estados Unidos	2.63	2.65	2.58	2.61
Islandia	2.20	—	2.58	2.56
Dinamarca	2.57	2.47	2.64	2.51
Noruega	2.89	2.70	2.64	2.58
Chile	—	—	2.65	2.73

* Los países están ordenados de acuerdo con la evaluación de 1990 de las instituciones políticas.

** La información de Perú, Venezuela y Uruguay proviene de la ola 1995-1997.

Fuentes: Elaboración propia con los datos de 1980-1981, 1990-1991 y 1995-1997 Encuesta Mundial de Valores (World Value Survey).

¹⁸ La escala varía desde 4 (muchísima confianza) a 1 (ninguna). Por ende, 2.50 es una posición neutral, no es ni negativa ni positiva.

Esta conclusión puede también ser confirmada por las evaluaciones de los partidos políticos como instituciones de representación política. Desafortunadamente, los datos comparativos sobre la confianza en los partidos políticos son limitados. La mejor información disponible está en *World Value Survey* de 1997; no obstante, no han sido muchos los países incluidos en esta encuesta. A pesar de esta limitación, el análisis de estos datos resulta muy esclarecedor. De los países que cuentan con datos disponibles, Venezuela es el país con el nivel más alto de desconfianza en los partidos políticos. El 60 por ciento de los venezolanos dice no creer en absoluto en los partidos políticos. Detrás viene Argentina, con 49 por ciento, Brasil con 47 por ciento, Perú con 44 por ciento, Chile con 37 por ciento, España con 29 por ciento, Uruguay con 26 por ciento, y, más lejos, Alemania con 17 por ciento, Estados Unidos con 16 por ciento, Suecia con 11 por ciento y Noruega con 7 por ciento. Estos datos muestran la marcada disparidad de la confianza de los ciudadanos en los partidos políticos en los distintos países estudiados. Además, aunque sean necesarios más datos comparativos, estudios recientes en Europa del Sur y Latinoamérica han mostrado que se están expandiendo en ambas regiones sentimientos antipartidistas, con la excepción de los casos de Uruguay y Chile, y, en menor medida, Grecia (Meseguer, 1998: 99-111; Torcal, Montero y Gunther, en prensa).

La desafección institucional es, por lo tanto, predominante entre las nuevas democracias, aunque no es un atributo determinante. En efecto, la desafección política también puede ser encontrada en democracias más establecidas como Venezuela e Italia, e incluso en algunas democracias de Europa Occidental como Francia y Bélgica. Por otro lado, Chile, Uruguay y Grecia se caracterizan por niveles mayores de afección política (a pesar de que están decreciendo rápidamente). Entonces, ¿qué podría explicar los diferentes niveles de desafección política? Aquí se argumenta que estas diferencias están relacionadas con el pasado político, que va más allá de la tercera ola de experiencia democrática y de los regímenes no democráticos que experimentaron con anterioridad estos países en los años sesenta y setenta. En este sentido, es posible identificar, en términos de niveles de desafección política, dos grupos particulares de democracias. Estos dos grupos son, por un lado, las democracias más antiguas con algún pasado democrático exitoso y, por el otro, las democracias con un significativo pasado no democrático o con prácticas semidemocráticas cuestionables, aunque este fenómeno ocurre en gran medida en las nuevas democracias. La tendencia de las nuevas democracias a experimentar altos niveles de desafección política se debe a la mayor presencia de prácticas políticas anti- o cuasidemocráticas en sus

pasados respectivos, pero no porque sean nuevas democracias de la tercera ola (o países que han estado recientemente bajo un régimen antidemocrático). Esta es la razón por la cual no existe una correspondencia entre los niveles de desafección política y las democracias de la tercera ola. Como se discutirá más detalladamente en la siguiente sección, estas actitudes no son exclusivas de la historia política de las nuevas democracias, pero sí ocurren con más frecuencia en sistemas políticos caracterizados por una previa inestabilidad y continuas crisis de régimen.

Desafección institucional y la política del pasado

El análisis comparativo de la frecuencia distributiva de las actitudes de desafección institucional presentado en la sección anterior, parece destacar la importancia del pasado democrático —antes que el de las recientes experiencias no democráticas— a la hora de explicar los diferentes niveles de desafección política. Como señala McAllister (1999: 201), “la confianza (en las instituciones) se forma acumulativamente”, y como el mismo autor señala, la “confianza institucional está fuertemente relacionada con el período de tiempo en el que han existido las instituciones democráticas (y) está basada sobre la frecuencia de elecciones nacionales libres y competitivas”. Sin embargo, en este trabajo se afirma —contrariamente a lo que argumentaría Converse (1969: 139-171)— que no es sólo una cuestión de tiempo bajo un régimen democrático lo que determina el crecimiento de las actitudes prodemocráticas, ni tampoco una mera cuestión de experiencia ciudadana adquirida a partir de las repetidas convocatorias electorales. Más bien, la naturaleza y evolución de estas actitudes dependen en gran medida de cómo se ha desempeñado la democracia en cuestión. Por lo tanto, por ejemplo, una democracia con un antecedente bien establecido de adopción de estrategias excluyentes antes que inclusivas con respecto a la oposición política, con recurrentes episodios de corrupción, de manipulación política, o de fraude electoral, va a sufrir inevitablemente las consecuencias en términos de señales visibles de desafección. Por ello, países como Venezuela e Italia muestran mayores niveles de desafección que Uruguay y Chile, a pesar de que los últimos pertenecen a la llamadas nuevas, o democracias de la tercera ola. Como se argumentará aquí, lo que verdaderamente importa es el tiempo en el que se ha vivido bajo democracias representativas que no han estado dominadas por elementos o prácticas que sistemáticamente desafían o ponen en cuestión a las instituciones básicas de representación política.

Como intentaré demostrar, el pasado democrático se hace sentir a través de dos procesos que, aunque conectados, se deben analizar de forma diferenciada. Por un lado, el pasado se manifiesta a través de la influencia directa observable de los años que se han vivido en democracia en los diferentes niveles de desafección política hallados en los distintos países. Esta influencia es explorada en la primera parte de esta sección, que presenta un análisis agregado de los datos sobre desafección y los años en democracia desde 1930, controlado por una serie de indicadores económicos, políticos y sociales agregados. Asimismo, el poder del pasado puede ser observado en la diferente naturaleza de la desafección en las antiguas y nuevas democracias, o para ser más preciso, en las diferencias individuales que existen entre una serie de factores que explican las actitudes de desafección en las viejas y nuevas democracias. Este es un aspecto esencial de mi argumento y, consecuentemente, se discutirá en detalle a través de un análisis multinivel de los datos provenientes de encuestas comparativas.

Explicando diferentes niveles de desafección institucional entre países

El punto de partida de este análisis es la hipótesis que sugiere que los diferentes niveles de desafección política en la actualidad pueden ser explicados por la duración ininterrumpida de democracia de calidad en un país. Para poder probar esta hipótesis, se han recopilado un número de índices agregados para distintos países. Estos índices incorporan una serie de indicadores sociales, económicos y políticos que pueden, de acuerdo con la literatura discutida anteriormente, influir en los niveles de estas actitudes hallados en una sociedad determinada. A continuación, se analiza la relación entre estos índices y los tres indicadores actitudinales agregados, uno para medir el apoyo a la democracia¹⁹ y dos para medir la desafección política: la proporción de ciudadanos que sienten que las autoridades y el sistema en su conjunto no responden a sus demandas (ineficacia política externa)²⁰, y un índice de confianza en las instituciones de representación políti-

¹⁹ Esta información proviene de las Tablas 1 y 3. Para los países latinoamericanos se ha utilizado la información de 1996.

²⁰ Estos datos son una recopilación de datos utilizados en las tablas que aparecen anteriormente en el texto. Para las democracias occidentales, se ha utilizado el índice de eficacia política externa, que fue creado usando dos indicadores del Eurobarómetro 1988 y presentado en la Tabla 4. Para Europa del Sur, se ha utilizado un indicador de eficacia política externa del Estudio de las Cuatro Naciones, como fue presentado en la Tabla 5. Para Latinoamérica, se ha usado este mismo indicador del Latinobarómetro, presentado en la Tabla 6.

ca discutido previamente y que incluye la confianza en el parlamento, en la administración pública y en el sistema legal²¹. Los países incluidos en el análisis comparativo varían dependiendo de los datos disponibles, pero en general el análisis se centra en las democracias de las sociedades capitalistas más avanzadas de Europa occidental y Estados Unidos, los países del sur de Europa y las democracias del Cono Sur de Latinoamérica²².

Cuatro grupos de variables, con información agregada, fueron creados para probar las tres hipótesis principales: la influencia de la historia democrática pasada, la influencia de los rasgos políticos contextuales actuales, la influencia de los grandes logros económicos y sociales y el nivel de modernización. Las variables son las siguientes:

Tres variables para medir la historia de la democracia pasada

Los años de democracia liberal y representativa desde 1930 hasta 1997. Se consideran únicamente aquellos años en los que el país tuvo un funcionamiento democrático de acuerdo con criterios procedimentales²³.

²¹ Estos datos representan la confianza en tres instituciones. Fueron extraídos del *World Value Study* de 1990, y pueden encontrarse en su Tabla 4.14. Desafortunadamente, la confianza en los partidos políticos no fue incluida en este estudio hasta 1997, y en la última edición muchos de los casos de interés para esta investigación no fueron incluidos. Norris (1999b: 222; 1999c: 260), tiene desarrollado un índice similar de confianza institucional que incluye también la confianza en los partidos políticos y el gobierno. Se ha excluido a los partidos para poder considerar a un número mayor de democracias tradicionales que no fueron parte del *World Value Study* de 1997. Además, la exclusión de los partidos no altera las conclusiones de este estudio; en oposición, como se verá más adelante, el estudio de la confianza en los partidos políticos refuerza mis conclusiones. Incluir la confianza en el gobierno en el índice es desde mi punto de vista más problemático ya que este indicador representa en gran medida la confianza en las autoridades en el gobierno.

²² Los países incluidos en el presente estudio utilizando el índice de instituciones son: Alemania, Argentina, Austria, Bélgica, Brasil, Chile, Dinamarca, Estados Unidos, España, Francia, Holanda, Irlanda, Italia, Noruega, Perú, Portugal, Inglaterra, Suecia, Uruguay y Venezuela. Para el análisis que usa el indicador de eficacia política interna, puede incluirse también a Grecia y a Paraguay, aunque no estaba disponible toda la información para los casos de Austria, Estados Unidos, Noruega y Suecia.

²³ Se ha utilizado la clasificación de regímenes políticos de Mainwaring (1999: 14-20). Este autor clasifica a los gobiernos en democráticos, semidemocráticos, o autoritarios (o totalitarios). Solamente se ha tenido en cuenta a los regímenes democráticos. Para ser clasificados como democráticos, un gobierno debe cumplir con cuatro criterios: (1) El presidente y la legislatura para presidencialismo y la legislatura para el sistema parlamentario son elegidos en elecciones competitivas, abiertas y justas; (2) estas autoridades elegidas tienen un poder de gobierno real; (3) las libertades civiles son respetadas; y (4) el cuerpo electoral incluye el mayor tamaño de la población adulta. Para los casos latinoamericanos se ha obtenido la información de Mainwaring (1999: Tabla 1). He calculado personalmente a partir de otras fuentes el resto de los datos para el resto de los casos europeos y norteamericanos.

El número de cambios de régimen político desde 1930 a 1997, tanto hacia o desde un régimen no democrático (autoritario o totalitario), semidemocrático o democrático²⁴.

El número de años correspondiente al período más largo de democracia ininterrumpida desde 1930 a 1997²⁵.

Cinco variables para medir algunas características políticas contextuales básicas

El tipo de diseño constitucional existente desde 1995: “democracia parlamentaria”; “democracia mixta”; y “democracia presidencial”.

Los logros en términos de libertades civiles y políticas, medidos por las variaciones en el “Índice de Libertades Políticas” (*Political Liberty Index*) y en el “Índice de Libertades Civiles” (*Civil Liberties Index*) del año anterior a la introducción de la última democracia hasta 1997 o, en el caso de democracias instauradas antes de 1976, entre los años 1976 y 1997²⁶.

El sistema de partidos, medido por el promedio del número efectivo de partidos existentes en cada país desde el comienzo de la democracia hasta 1990 o, en el caso de las democracias fundadas antes de 1976, entre los años 1976 y 1990²⁷.

El grado de movilización social, medido por el número promedio de huelgas generales que ocurrieron desde la fundación de la democracia hasta 1990, o, si la democracia existía desde antes de 1976, desde ese año hasta 1990²⁸.

El “Índice de Corrupción” (*Corruption Index*) elaborado por el Centro para la Investigación de la Corrupción (*Center for Corruption Research*) para el período 1980-1992²⁹.

²⁴ Calculado de Mainwaring (1999: Tabla 1) y otras fuentes.

²⁵ Estos datos para Latinoamérica fueron recopilados por Mainwaring (1999: Tabla 2).

²⁶ Estos datos provienen de *Freedom in the World. The Annual Survey of Political Rights and Civil Liberties* (Nueva York: The Freedom House, 1985, 1992-1993, y 1996) y también de la página de Internet www.freedomhouse.org/research.

²⁷ La información de Latinoamérica proviene de “Latin American Democracies Data set”, recolectada por Scott Mainwaring, Anibal Pérez-Linan y Daniel Brinks. La información para el resto de los países proviene de *ACLP Data set*.

²⁸ Se incluye cualquier huelga de 1.000 o más trabajadores industriales o de servicios que involucre a más de un empleador y que este dirigida a las políticas del gobierno nacional o a las autoridades competentes. Esta información proviene de Banks y Muller (1995).

²⁹ Este índice comienza en “1”, indicando el nivel más alto de corrupción, a “10”, indicando ningún nivel de corrupción. Los datos utilizados fueron tomados de la página de Internet: www.gwdg.de/~uwww, y son publicados por *Transparency International Publishers*.

Tres variables más para medir el nivel de mejoras económicas y sociales estándar

Los logros y el progreso sociales, medidos por la variación del país en el “Índice de Desarrollo Humano” (*Human Development Index*, HDI) desde que la democracia fue restablecida hasta 1997 o, si la democracia fue instaurada antes de 1980, desde 1980 hasta 1997³⁰.

Los logros económicos, medidos por el promedio del crecimiento del Producto Bruto Interno (PBI) desde 1975 hasta 1997³¹.

El crecimiento de los ingresos *per capita*, medidos en dólares estadounidenses constantes, desde la creación de la democracia hasta 1997 o, en el caso de democracias establecidas antes de 1976, entre los años 1976 y 1997³².

Variables de modernización

El nivel del PBI para 1997.

El PBI elevado al cubo para 1997, con la intención de probar la teoría de la existencia de una relación curvilínea entre la desafección y los niveles de modernización (Mainwaring y Pérez-Liñán, 2000).

El nivel del Índice de Desarrollo Humano para 1997.

Los resultados del simple análisis bivariante de estos indicadores y los niveles agregados de confianza en las instituciones políticas y de eficacia política externa son bastante reveladores. Como puede observarse en las correlaciones bivariantes presentadas en la Tabla 10, las variables más estrechamente relacionadas con los niveles de confianza institucional (primera columna) están esencialmente vinculadas con las variables que miden el pasado democrático y las variables que miden la modernización. Estos resultados parecerían confirmar ciertamente la importancia de la relación entre confianza institucional e historia democrática de las sociedades bajo consideración, socavando también la relevancia —destacada por muchos analistas— del desempeño económico actual y de los rasgos políticos

³⁰ Esta información se obtuvo del *Informe de Desarrollo Humano 1999* (Nueva York, Oxford University Press, 1999) e *Informe de Desarrollo Humano 2000* (Nueva York, Oxford University Press, 2000)

³¹ Esta información proviene primariamente del OECD, *Historical Statistics* (París, OECD, varios años) y OECD, *National Accounts* Vol. 1 (París, OECD, varios años).

³² Esta información proviene primariamente del OECD, *Historical Statistics* (París, OECD, several years) y OECD, *National Accounts* Vol. 1 (París, OECD, varios años).

contextuales³³. Sólo las variables de modernización parecerían tener una importancia comparable a la historia democrática. Las variables de desempeño económico y social exhiben una importancia secundaria o nula. El único descubrimiento significativo es la relación con el crecimiento de los

Tabla 10
Correlación entre desafección política y varios indicadores económicos, sociales y políticos agregados (sólo coeficientes estadísticamente significativos, correlaciones de Pearson)

	Confianza en las instituciones	Políticamente inefectivo	De apoyo a la democracia
VARIABLES DE LA HISTORIA POLÍTICA			
Años en democracia desde 1930	0.80*	-0.64*	
Cambios en régimen político desde 1930	-0.84*	0.49**	
Duración del período más largo en democracia desde 1930	0.77*	-0.62*	
VARIABLES DE MODERNIZACIÓN			
Ingreso <i>per capita</i> 1997	0.78*	-0.81*	0.60*
Ingreso <i>per capita</i> a la potencia cúbica 1997	0.70*	-0.81*	0.46**
Índice de Desarrollo humano 1997	0.74*	-0.59*	0.70*
Variables del contexto político			
Instituciones	—	0.41***	
Número promedio de huelgas generales desde la instauración de la democracia hasta 1990	-0.67*		
Número efectivo de partidos desde la instauración de la democracia hasta 1995			
Índice de corrupción 1980 -1992	0.79*	-0.70*	0.50**
VARIABLES DE DESEMPEÑO			
Variación en Índice de Desarrollo humano desde la instauración de la democracia hasta 1997			
Variación en el Índice de Libertades políticas desde la instauración de la democracia hasta 1997			
Variación en el Índice de Libertades civiles desde la instauración de la democracia hasta 1997			
Crecimiento del PBI entre 1975-1997	0.58*		
Incremento en ingresos <i>per capita</i> desde la instauración de la democracia hasta 1997	0.78*	-0.81*	0.56*
(N)	(20)	(18)	(19)

* Significativo $p < 0.01$. ** Significativo $p < 0.05$. *** Significativo $p < 0.1$.

Fuente: Elaborado por el autor.

³³ Anderson y Guillory (1997) argumentan a favor de la influencia del diseño constitucional. Norris (1999b), para seguir con el mismo argumento, también defiende la importancia del sistema de partidos y del sistema electoral además de la frustración acumulada por el apoyo a partidos opositores perdedores. Para argumentos similares ver también Clarke, Dutt y Kornberg, (1993); Anderson (1995); Weisberg (1996); Nye, Zelikow y King (1997); Miller y Listhaug (1999); Cusack (1999: 641-672).

ingresos *per capita*, lo que contrasta claramente con la ausencia de una relación significativa con otras de las principales variables de desempeño económico y social (Lawrence, 1997; McAllister, 1999; Pharr y Putnam, 2000). Por otro lado, el incremento en las libertades políticas y económicas no parece, a primera vista, influir en el grado de confianza institucional.

Finalmente, es interesante remarcar la débil relación encontrada entre la confianza institucional y algunos factores políticos contextuales. Sólo parecen ser significativos el índice de corrupción (que puede representar más una percepción cultural que una realidad política) y el número de huelgas generales luego de la instalación de la democracia. Sin embargo, aunque más débil que las variables mencionadas anteriormente, esta última muestra una significativa relación negativa. En principio, esto señala la existencia de una relación entre la falta de confianza en las instituciones representativas y la utilización de mecanismos de participación y expresión política menos convencionales. Sin embargo, como se mostrará luego, no se advierte tal relación en el caso de la eficacia política externa (medida por el porcentaje de personas políticamente ineficaces —ver Tabla 10, segunda columna—).

La relación entre estos mismos indicadores y la eficacia política externa es esencialmente muy similar (el cambio en el signo de la correlación se debe al hecho de que se está comparando el porcentaje de ciudadanos que se siente políticamente ineficaces —ver Tabla 10, segunda columna—), a pesar de la existencia de unas pocas diferencias sutiles. Estas mínimas diferencias incluyen, primero, la existencia de una relación estadística significativa con el tipo de instituciones democráticas (siendo menor la ineficacia política bajo el presidencialismo); segundo, la desaparición de la relación con el número de huelgas generales; y tercero, la desaparición de la relación con el incremento en el PBI desde 1975 hasta 1997. Una vez más, sin embargo, las mismas variables (las de historia democrática, las de modernización y el incremento en el ingreso *per capita*) son las que están más fuertemente relacionadas con la eficacia política externa.

No obstante, todas estas conclusiones sobre la desafección institucional son bastante contingentes, ya que se basan en simples relaciones bivariadas. Con la intención de proveer una mayor confirmación a estas conclusiones, se han estimado dos modelos de regresión con estas mismas actitudes como variables dependientes: uno en el que la variable dependiente es el porcentaje de ciudadanos que generalmente sienten que las autoridades y el sistema político no son receptivos a sus demandas (ineficacia política externa); y otro en el que la variable dependiente es el índice de confianza institucional. Sin embargo, no se han incluido todas las variables utilizadas en el análisis

bivariado anterior debido a la existencia de una fuerte multicolinealidad entre algunas de éstas³⁴. En general, sólo se ha incluido una variable independiente por cada uno de los cuatro grupos de las principales hipótesis discutidas antes (la que muestra la correlación más importante en la Tabla 10). En algunos casos, cuando no parecían crear grandes problemas para la estimación, se han utilizado dos variables³⁵. Para comprobar la hipótesis de la modernización se ha incluido el ingreso de 1997 y el ingreso de 1997 elevado a la tercera potencia, ya que ambos evalúan teorías diferentes. Finalmente, se ha incluido una nueva variable que combina el incremento medio de las libertades políticas y civiles (los índices de libertades políticas y civiles), ya que las dos variables originales parecen estar estrechamente relacionadas ($r=0.8$).

Tabla 11
Modelo de regresión con información agregada acerca de la
desafección política (Ordinary Least Square [OLS])

Variables independientes	Dep var: índice de confianza en instituciones $\times 100$		Dep var: % políticamente ineficaz	
	Beta	p	Beta	p
Años en democracia desde 1930	0.46	0.07	-0.50	0.08
Número promedio de huelgas generales desde la instauración de la democracia hasta 1990	-0.42	0.06	0.09	0.61
Índice de corrupción 1980 -1992	0.12	0.75	-0.15	0.62
Número efectivo de partidos desde la instauración de la democracia hasta 1995	-0.1	0.7	—	—
Instituciones	—	—	0.45	0.03
Variación en Índice de libertades políticas y civiles desde la instauración de la democracia hasta 1997	0.42	0.06	-0.40	0.03
Incremento en ingreso <i>per capita</i> desde la instauración de la democracia hasta 1997	0.19	0.74	0.75	0.12
Ingreso <i>per capita</i> 1997	-0.03	0.95	—	—
Ingreso <i>per capita</i> 1997 a la potencia cúbica	0.16	0.64	-0.08	0.00
Constante	1.96		89,7	
R al cuadrado	7.73	0.85	7.37	0.84
F	(20)	0.00	(18)	0.00
(N)				

Fuente: Elaborado por el autor.

Como puede observarse en la Tabla 11, los resultados de la estimación de estos modelos proveen una confirmación definitiva del rol crucial que

³⁴ Algunas variables presentaron coeficientes con una tolerancia menor a 0.1 y con un *Variance Inflation Factor* (VIF) muy alto.

³⁵ Diferentes pruebas fueron llevadas a cabo para asegurar que estas relaciones no produjeran indicadores sesgados o un error tipo II en la pruebas de significación estadística.

tiene el pasado político en la formación de estas actitudes. Las variables significativas en el modelo de confianza en las instituciones políticas son los años en democracia desde 1930, el número de huelgas generales y el incremento de libertades políticas y civiles desde que la democracia fue restablecida. La última es la única variable relacionada con el desempeño que exhibe alguna relación con la confianza institucional, confirmando los hallazgos del reciente estudio comparativo de Norris (Norris, 1999b: 232-234). No obstante, no creo que este sea un indicador, como el autor sugiere, de rasgos políticos contextuales actuales, sino más bien un indicador de la historia democrática pasada (de hecho la correlación entre ésta última y el incremento en las libertades políticas es 0.44). Finalmente no se puede encontrar ninguna relación con el nivel de corrupción a nivel agregado.

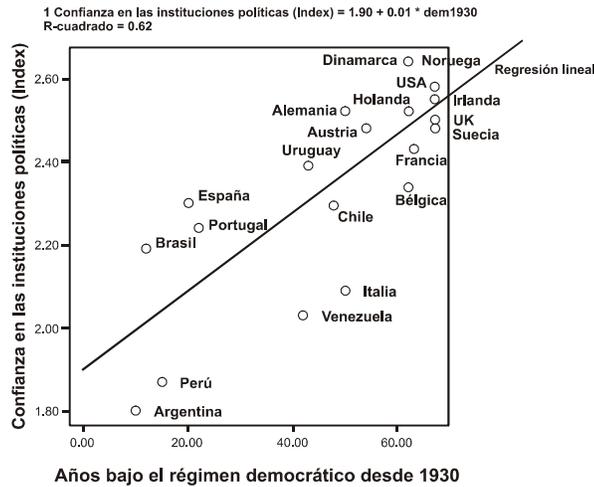
Estos resultados, como también la crucial importancia del pasado democrático de cada país, son confirmados nuevamente por el modelo que estima la relación a nivel agregado con el grado de ineficacia política externa (ver también Tabla 11). Aunque la relación con el número de huelgas generales desaparece, la relación con el número de años de régimen democrático desde 1930 se mantiene fuerte y estable. Las variables relacionadas con las diferencias en los ingresos que miden el rendimiento económico, como por ejemplo, los niveles de ingreso de 1997, los niveles de ingreso de 1997 elevados al cubo, y el mejoramiento en los niveles de ingreso desde el establecimiento de la democracia, son todos fuertes predictores de la ineficacia, pese a la existencia de altos niveles de multicolinealidad³⁶. Resulta de todos modos claro que las variables que contienen alguna información acerca del ingreso *per capita* tienen una capacidad predictiva importante para el nivel de eficacia política externa, aunque creo que ello está más relacionado con el desempeño del sistema que con la modernización. Como se ha observado en un trabajo previo, la modernización de las sociedades de Europa del sur, por ejemplo, no se corresponde con los bajos niveles de eficacia política encontrados en estos países (Torcal, 2002).

Por lo tanto, parecería ser que existe una relación fuerte y consistente entre los años de democracia desde 1930 y los niveles de desafección institucional. Además, debe recordarse que, en alguna medida, este es un indicador discutible y bastante burdo de los años de calidad democrática en donde ha habido ausencia de fraude político, de corrupción o de discursos antiinstitucionalistas. Más bien, ésta es sólo una variable proxy, lo que signi-

³⁶ Por esta razón, la variable para medir niveles de ingreso en 1997 no fue incorporada al modelo. Los niveles de tolerancia producidos por las otras dos variables de ingreso permanecen muy altos, lo que muestra la permanencia de esa elevada multicolinealidad y sembrando dudas razonables sobre las pruebas de inferencia estadística de los coeficientes.

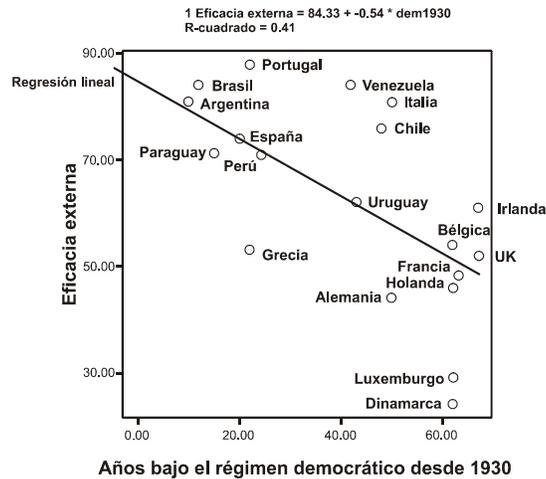
fica que es posible que la desafección sea incluso más dependiente del efecto acumulado de la historia democrática de calidad que lo que este burdo indicador deja entrever. Esto puede observarse más claramente a través de un análisis gráfico de las relaciones entre estas variables. Las figuras 1 y 2 son gráficos de dispersión que representan la relación con respecto a la línea de regresión entre estas variables y el número de años de democracia desde 1930. Estas figuras no revelan solamente la existencia de una estrecha relación lineal sino que también, y más importante aún, subrayan la limitación del indicador utilizado aquí. Los *casos desviados* son países con historias democráticas complejas y difíciles como Italia y Venezuela. Esto sugiere que probablemente se obtendrán resultados incluso más concluyentes si fuera posible mejorar la operacionalización de los indicadores y medir más precisamente la historia antidemocrática de cada país. Esto es, de hecho, lo que ocurre cuando se construye un indicador más sofisticado que combina el número de años de democracia y el número de cambios de régimen desde 1930. Cuando se realiza el análisis con este indicador, que refleja mejor la historia de inestabilidad democrática, el grado ya alto de correlación con la confianza en las instituciones se incrementa aún más (alcanzando 0.84)³⁷.

Figura 1
Relación lineal entre el índice de confianza institucional y el número de años de democracia desde 1930



³⁷ He creado una variable para el número de años bajo democracia tomando en consideración la probabilidad de que haya un cambio de régimen. La fórmula es: años bajo democracia *(1-(n cambio de régimen / años bajo democracia)).

Figura 2
Relación lineal entre la ineficacia política externa
y el número de años de democracia desde 1930



Antes de finalizar esta sección debe destacarse que la relación de los indicadores de desafección institucional contrasta con la falta de relación que puede observarse con el apoyo a la democracia (ver Tabla 10, última columna). Sólo las variables de modernización, el incremento en el ingreso *per capita* desde la instauración de la democracia hasta 1997 y el índice de corrupción tienen alguna relación estadística con el apoyo a la democracia. Estos datos confirman la diferente naturaleza que caracteriza a la desafección institucional y a la legitimidad democrática, y la falta de relación que existe entre ambas actitudes (Montero, Gunther y Torcal, 1998; Klingemann, 1999; Torcal y Montero, 2006; Gunther y Montero, 2000). Segundo, estos datos también muestran la falta de poder explicativo que tienen todas las hipótesis ya mencionadas para explicar el apoyo a la democracia.

El carácter distintivo de la desafección institucional en las viejas y nuevas democracias

Como hemos observado en este análisis, el mejor predictor de los distintos niveles de desafección institucional encontrados en los países analizados es su historia política y ante todo, su historial de episodios antidemocráticos. Sin embargo, debería ser posible un desarrollo más profundo de esta conclu-

sión a través de una argumentación lógica que conectara la relación observada a nivel agregado. Esta explicación se vincula con la distintiva “naturaleza” de la desafección en países con una larga historia de estabilidad democrática y virtualmente ninguna experiencia de serios abusos o fraudes políticos, por un lado, y en aquellos que tienen un escaso pasado democrático, por el otro. Como se señaló anteriormente, ciudadanos en esta segunda categoría de países no tienen un punto de referencia válido para evaluar el desempeño de las instituciones políticas o los logros del sistema. Como resultado, sus opiniones y actitudes con respecto a las instituciones democráticas serán mucho menos dependientes de la experiencia directa acumulada con las instituciones existentes, y tenderán a reflejar otras experiencias políticas previas independientes del desempeño institucional y de los logros políticos, sociales y económicos. De hecho, como se ha demostrado recientemente (Torcal, 2002), los ciudadanos desafechos en las nuevas democracias presentan un perfil diferente, en términos de edad, educación e información política. En efecto, ellos tienden a ser las personas mayores, y los menos educados e informados, mientras que en las democracias más antiguas esta relación es diferente o inexistente (Newton y Norris, 2000). La desafección política en las nuevas democracias debería, por tanto, depender más de las variables que miden la influencia de la socialización política y menos de la evaluación e información sobre el desempeño actual. Si esta hipótesis es correcta, el análisis de las variables que influyen sobre la desafección en las nuevas y viejas democracias debería producir en los dos casos resultados muy diferentes.

Se presenta aquí evidencia de la diferente naturaleza de la desafección en las nuevas y viejas democracias a través de un análisis multivariado comparativo de datos resultantes de encuestas. La tercera ola (1995-1997) de la *World Values Survey* incluye una serie de variables particularmente interesantes para esta discusión. Sin embargo, desafortunadamente, la encuesta no cubrió todos los países en los que hemos estado trabajando. Por tanto, se presentarán los resultados obtenidos a partir de los datos de esta encuesta correspondiente a 12 países: seis de la primera —y segunda— ola de democratizadora y seis de las llamadas nuevas democracias³⁸.

Con el propósito de poder verificar el carácter distintivo de la desafección, he desarrollado un modelo general para intentar explicar la variable dependiente que mide el índice de confianza institucional. Las variables independientes elegidas de la encuesta son las siguientes:

³⁸ Los países incluidos en el análisis son: Alemania, Estados Unidos, Gran Bretaña, Noruega, Suecia y Venezuela. Argentina, Brasil, Chile, España y Uruguay están incluidos como casos representativos de las nuevas democracias.

A. Variables políticas y de desempeño:

1. La escala ideológica³⁹; de acuerdo con estudios recientes esta variable es esencial para observar el efecto de la política sobre la confianza que los ciudadanos tienen en las instituciones (Newton y Norris, 2000: 65).
2. La satisfacción con la manera en la que las personas que ocupan hoy cargos públicos están conduciendo el país⁴⁰.
3. La percepción de los niveles de corrupción existentes en el sistema⁴¹.
4. La evaluación del nivel de pobreza en el país en comparación con la situación de la pobreza diez años atrás⁴².
5. La situación financiera doméstica, utilizada para evaluar el efecto de la prosperidad individual en la desafección política⁴³.

B. Variables culturales:

1. El índice postmaterialista⁴⁴, dado que en alguna literatura reciente se ha identificado una relación entre esta variable y la eficacia política externa o la falta de confianza institucional (Gabriel, 1995).
2. La confianza social⁴⁵, para poder evaluar si hay una relación entre el tipo de personas que expresa su confianza en otros y la confianza en instituciones fuertes y efectivas.

³⁹ Pregunta V123 del cuestionario VWS.

⁴⁰ Pregunta V165 del cuestionario VWS: “¿Cuán satisfecho está con la manera en la que, hoy en día, las personas que ocupan cargos nacionales conducen los asuntos del Estado? ¿Podría decirse que usted está muy satisfecho, bastante satisfecho, bastante insatisfecho o muy insatisfecho?”

⁴¹ Pregunta V213 del cuestionario VWS: “Desde su perspectiva, ¿cuán expandidas están en este país las prácticas de soborno y de corrupción?” ‘1’, casi ningún oficial público está comprometido en eso; ‘2’, algunos oficiales públicos están comprometidos; ‘3’, la mayoría de los oficiales públicos están comprometidos; ‘4’, casi todos los oficiales públicos están comprometidos”.

⁴² Pregunta V171 del cuestionario VWS: “¿Usted diría que hoy en día, en comparación con la situación diez años atrás, una mayor cantidad, alrededor de la misma cantidad, o una menor cantidad de personas en este país viven en la pobreza?”

⁴³ Pregunta V64 del cuestionario VWS: “¿Cuán satisfecho está con su situación financiera? Si ‘1’ significa una insatisfacción completa, ‘10’ significa una satisfacción completa”.

⁴⁴ Variable V100mpm del cuestionario VWS contiene la escala materialista-postmaterialista.

⁴⁵ Variable V27 del cuestionario VWS: “¿En términos generales, usted diría que se puede confiar en la mayoría de la gente o que nunca se es suficientemente precavido en el trato con la gente? ‘1’, se puede confiar en la mayoría de las personas; ‘2’, nunca se es suficientemente precavido”.

C. Variables sociológicas:

1. Género⁴⁶.
2. Edad⁴⁷.
3. Educación⁴⁸.

D. También se ha agregado una variable dicotómica (*dummy*) para ver si el hecho de ser una democracia establecida (0) o nueva (1) tiene algún efecto en los niveles de desafección política.

De acuerdo con ello, el modelo general para explicar la desafección política a nivel individual que se desea estimar es el siguiente:

$$\text{Modelo 1: } y = \beta_o + \beta_1 A + \beta_2 B + \beta_3 C + \beta_4 D + e$$

Para probar mi hipótesis acerca de la naturaleza específica de la desafección política en las nuevas democracias se agregarán dos conjuntos de variables adicionales:

E. Variables políticas agregadas:

9. El número de años en democracia desde 1930.
10. El número promedio de huelgas generales desde la introducción de la democracia.

F. Las interacciones de alguna de las variables A, B y C con la variable D (vieja/nueva democracia) se utilizarán para probar si las variables de nivel individual tienen un impacto diferente en las nuevas democracias.

Por lo tanto, los modelos 2 y 3 que deben ser estimados son:

$$\text{Modelo 2: } y = \beta_o + \beta_1 A + \beta_2 B + \beta_3 C + \beta_4 D + \beta_5 E + e$$

$$\text{Modelo 3: } y = \beta_o + \beta_1 A + \beta_2 B + \beta_3 C + \beta_4 D + \beta_5 E + \beta_6 F + e$$

Si es correcta mi hipótesis acerca del carácter distintivo de la desafección institucional en las nuevas democracias deberíamos esperar lo siguiente:

⁴⁶ Pregunta V214 del cuestionario VWS.

⁴⁷ Pregunta V216 del cuestionario VWS.

⁴⁸ Pregunta V217 del cuestionario VWS.

1. Los coeficientes de las variables de interacción “E” deben ser diferentes a cero ($\beta_6 \neq 0$), esto es, estadísticamente significativo y negativo para la satisfacción con las variables de desempeño (ya que éstas deberían ser menos importantes en las nuevas democracias), positivo con las variables de confianza social (ya que éstas representan parcialmente las experiencias personales de socialización en las nuevas democracias), y, como se ha discutido brevemente, negativo con relación a la edad y la educación.
2. Los coeficientes de las variables políticas agregadas “F” deberían ser diferentes a cero ($\neq 0$), esto es, estadísticamente significativos. La fuerza y la dirección pueden cambiar dependiendo de la variable dependiente: positiva para los años de democracia desde 1930 y la confianza institucional, y positiva y más fuerte para la relación entre el número promedio de huelgas generales y el interés en la política y la relevancia de la política en la vida de los ciudadanos.

β_6 La Tabla 12 muestra los resultados de la estimación de los tres modelos para la desafección institucional. Sólo se muestran los coeficientes *beta* estadísticamente significativos con valores *p* superiores a 0.05, subrayando los coeficientes *beta* mayores en negrita⁴⁹. Los parámetros estimados en estos modelos confirman la hipótesis relacionada con la naturaleza específica de la desafección política en las nuevas democracias. En el modelo 3 para la confianza institucional, el modelo de interacción para medir la satisfacción con las autoridades es importante, significativo y negativo (*beta* -0.22), mostrando que en las nuevas democracias la confianza en las instituciones depende mucho menos del desempeño del sistema y más de la confianza social (significativa y positiva) y de la percepción de la corrupción. Por otro lado, no hay una relación consistente en todas las democracias entre educación y confianza institucional, lo mismo ocurre con la edad del entrevistado. En contraste, el efecto de la edad y la educación es más negativo y significativo en las nuevas democracias, mostrando que en estas democracias la desafección institucional es mayor entre los ciudadanos más jóvenes y menos educados.

⁴⁹ La variable fue creada con la puntuación individual de cada entrevistado a partir de las cargas obtenidas en un análisis factorial: sistema legal, 0.58; administración, 0.70, y parlamento nacional, 0.77. A diferencia de Norris (1999a, 1999b), no se ha incluido la confianza en los partidos políticos para seguir siendo consistentes con el índice analizado en la sección previa.

Tabla 12

Estimación de los modelos que explican la confianza institucional a un nivel individual (Ordinary Least Square [OLS])

Nota: Sólo se muestran los coeficientes estadísticamente significativos con un valor beta superior a 0.05.

* Los números en paréntesis se refieren a las preguntas en el Encuesta Mundial de Valores (World Value Survey).

Fuente: Elaborado por el autor a partir de la Encuesta Mundial de Valores (World Value Survey), 1995–1997.

Adicionalmente, los resultados revelan un gran número de conclusiones interesantes, pero quizás las más importantes son:

1. La variable *dummy* para nuevas/viejas democracias tiene un impacto pequeño pero positivo sobre la confianza institucional, mostrando que algunas de las nuevas democracias tienen mayores niveles de afección institucional (Chile y Uruguay) que algunas de las más antiguas (como Venezuela, Italia, o incluso Francia). La clasificación de los países de acuerdo a los niveles de desafección institucional no se corresponde con las expe-

riencias democráticas y antidemocráticas recientes. Sin embargo, cuando se agrega al modelo (modelo 2) la variable agregada que mide el número de años de democracia desde 1930, esta última también emerge como una potente predicadora a nivel individual. La desafección política institucional es un problema relacionado a la historia política de estos países que va más allá del fenómeno de la tercera ola.

2. El grado de satisfacción con las autoridades responsables es un potente predictor de la confianza institucional en las democracias tradicionales, confirmando la importancia del desempeño del sistema para predecir esta actitud, a pesar de que —como hemos visto— ésta es mucho menos significativa en las nuevas democracias. La percepción de corrupción es la otra variable de desempeño que tiene un efecto importante. Este resultado confirma los datos de estudios recientes (Miller y Listhaug, 1999: 189-201; Della Porta, 2000: 202-228) que han argumentado que las expectativas insatisfechas son determinantes importantes en la confianza institucional, incluyendo entre estas expectativas la idea de que el gobierno debe “seguir procedimientos que son imparciales” y “producir resultados que ni beneficien ni perjudiquen de forma injusta a grupos en particular”. Adicionalmente, “los ciudadanos esperan que los líderes políticos operen de una manera (...) honesta”. Sin embargo, estas expectativas podrían ser mayores en algunos países debido a la falta de experiencia democrática previa con la que comparar, lo que explicaría por qué la percepción de corrupción es mayor en las nuevas democracias que en aquellas más consolidadas: mientras que el 55 por ciento de los ciudadanos en las nuevas democracias declara que todas o casi todas las autoridades están involucradas en actos de corrupción, el 44 por ciento lo afirma en las democracias más tradicionales (y el 38 por ciento cuando se excluye a Venezuela). Esto también explica por qué esta variable muestra una mayor capacidad de predicción entre las nuevas democracias.

3. Sin embargo, la desafección institucional no es un reflejo claro y preciso del desempeño del sistema democrático. Sorprendentemente, las evaluaciones de los encuestados sobre los cambios en los niveles de pobreza y en la situación económica personal no tienen ningún impacto. La confianza institucional depende hasta cierto punto de otras variables culturales que reflejan experiencias personales de socialización. De hecho, y en contradicción con algunos hallazgos recientes, la confianza social tiene un impacto mayor en la confianza institucional que el impacto de algunas variables de desempeño (Newton y Norris, 2000;

Mishler y Rose, 2001: 30-62). Esto es especialmente cierto para las nuevas democracias (ver interacciones en el modelo 3)⁵⁰. Sin embargo, el cambio cultural generado por la presencia del postmaterialismo no tiene ningún impacto. Contrariamente a los estudios recientes (Newton y Norris, 2000: 65), la ideología no tiene efecto alguno en la confianza institucional.

Por lo tanto, parecería que en todas las democracias el pasado político democrático o antidemocrático de cada país juega un rol importante en la determinación del grado de confianza que los ciudadanos tienen en sus instituciones políticas. Por esta misma razón, los ciudadanos de las democracias más antiguas evalúan sus instituciones de acuerdo con los resultados del sistema y los mecanismos que éste ofrece para la participación (Newton y Norris, 2000). Como resultado, la desafección institucional es mayor entre los ciudadanos más educados e informados, ya que son los ciudadanos que tienen a disposición la mayor cantidad de información para evaluar los resultados del sistema y para buscar mecanismos alternativos de expresión política. Estos hallazgos ya fueron presentados en análisis comparativos previos. No obstante, las cosas son diferentes para las nuevas democracias. El pasado juega un rol muy diferente en las nuevas democracias cuando se trata de moldear la actitud de los ciudadanos hacia sus instituciones. En estos regímenes, el pasado constituye un legado cultural que afecta negativamente la percepción de los ciudadanos y la evaluación de sus instituciones democráticas a pesar de su verdadero desempeño o sus logros. Es probable que los ciudadanos mejor educados e informados puedan escapar del síndrome de la desafección política, ya que están más informados respecto al funcionamiento y los resultados obtenidos por las instituciones políticas de representación: mayor libertad y, en muchos países, aunque con notables excepciones, mayor progreso económico y social. Por lo tanto, la desafección y su legado cultural están concentrados entre aquellos ciudadanos cuyas evaluaciones están moldeadas por los mecanismos de socialización primaria y por la falta de información.

⁵⁰ Para obtener una posición diferente en la que la confianza social es considerada como parte del círculo vicioso, ver Della Porta (2000: 202-228).

Bibliografía

- Abramowitz, Alan I. (1989). "The United States: The Political Culture Under Stress", en Almond, Gabriel A. y Sydney Verba (eds.), *The Civic Culture Revisited*, Parque Newbury, Sage.
- Abramson, Paul R. (1983). *Political Attitudes in America. Formation and Change*, San Francisco, Freeman and Company.
- Anderson, Christopher J. (1995). *Blaming the Government: Citizens and the Economy in Five European Democracies*, Nueva York, M. E. Sharpe.
- Anderson, Christopher J. y Christine A. Guillory (1997). "Political Institutions and Satisfaction with Democracy: a Cross-National Analysis of Consensus and Majoritarian Systems", en *American Political Science Review*, N° 91.
- Bacalhau, Mário (1995). *Atitudes, opiniões e comportamientos políticos dos portugueses: 1973-1993*, Lisboa, FLAD.
- Banfield, Edward (1958). *The Moral Basis of a Backward Society*, Nueva York, Free Press.
- Banks, Arthur S. y Thomas C. Muller (1995). *Political Handbook of the World: 1994-95. Government and Intergovernmental Organizations as of August 1, 1994*, Nueva York, McGraw-Hill.
- Barnes, Samuel H., Max Kaase, et al. (1979). *Political Action. Mass Participation in Five Western Democracies*, Beverly Hills, Sage.
- Bruneau, Thomas C. (1984). "Popular Support for Democracy in Postrevolutionary Portugal: Results from a Survey", en Graham, Lawrence S. y Douglas L. Wheeler (eds.), *In Search of Modern Portugal. The Revolution and its Consequences*, Madison, University of Wisconsin.
- Bruneau, Thomas C. y Mario Bacalhau (1978). *Os portugueses e a política quatro anos depois do 25 de Abril*, Lisboa, Meseta.
- Bruneau, Thomas C. y Alex Macleod (1986). *Parties in Contemporary Portugal. Parties and the Consolidation of Democracy*, Boulder, Lynne Rienner.
- Budge, Ian (1971). *La estabilidad de la democracia*, Buenos Aires, Paidós.
- Clarke, Harold D. Nitish Dutt y Allan Kornberg (1993). "The Political Economy of Attitudes Toward Polity and Society in Western Democracies", en *Journal of Politics*, N° 55.
- Converse, Philip E. (1969). "Of Time and Partisan Stability", en *Comparative Political Studies*, Vol. 2, N° 2.
- Crozier, Michel, Samuel P. Huntington y Joji Watanuki (1975). *The Crisis of Democracy: Report on the Governability of Democracies to the Trilateral Commission*, Nueva York, New York University Press.
- Cusack, Thomas R. (1999). "The Shaping of Popular Satisfaction with Government and Regime Performance in Germany", en *British Journal of Political Science*, Vol. 29, N° 4.

- Dalton, Russell J. (1988). *Citizen Politics in Western Democracies. Public Opinion and Political Parties in United States, Great Britain, West Germany, and France*, Chatham, Chatham House.
- Dalton, Russel J. (1999). "Political Support in Advanced Industrial Democracies", en Norris, Pippa (ed.), *Critical Citizens. Global Support for Democratic Governance*, Oxford, Oxford University Press.
- Della Porta, Donatella (2000). "Social Capital, Beliefs in Government, and Political Corruption", en Pharr, Susan J. y Robert D. Putnam (eds.), *Disaffected Democracies. What's Troubling the Trilateral Countries?*, Princeton, Princeton University Press.
- Di Palma, Guiseppe (1970). *Apathy and Participation. Mass Politics in Western Societies*, Nueva York, The Free Press.
- Diamond, Larry (1999). "Political Culture", en Diamond, Larry (ed.), *Developing Democracy toward Consolidation*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Dimitras, Panayote E. (1990). "Greek Public Attitudes: Continuity and Change", en *International Journal of Public Opinion Research*, N° 2.
- Dogan, Mattei (1995). "Testing the Concepts of Legitimacy and Trust", en Chehabi, H. E. y Alfred Stepan (eds.), *Politics, Society and Democracy. Comparative Studies. Essays in Honor of Juan J. Linz*, Boulder, Westview Press.
- Dogan, Mattei (1997). "Erosion of Confidence in Advanced Democracies", en *Studies in Comparative International Development*, N° 32.
- Döring, Herbert (1992). "Higher Education and Confidence in Institutions: a Secondary Analysis of the 'European Values Survey' 1981-83", en *West European Politics*, N° 15.
- Farah, Barbara G., Samuel H. Barnes y Felix Heunks (1979). "Political Dissatisfaction", en Barnes, Samuel H., Max Kaase, et al., *Political action. Mass Participation in five Western Democracies*, Beverly Hills, Sage.
- Finifter, Ada (1970). "Dimensions of Political Alienation", en *American Political Science Review*, N° 64.
- Form, William H. y Joan Huber Rytina (1971). "Income, Race, and the Ideology of Political Efficacy", en *Journal of Politics*, N° 33.
- Gabriel, Oscar W. (1995). "Political Efficacy and Trust", en Van Deth, Jan W. y Elinor Scarbrough (eds.), *The Impact of Values*, Oxford, Oxford University Press.
- Gillespie, Charles G. (1991). *Negotiating Democracy: Politicians and Generals in Uruguay*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Gillespie, Charles G. (1992). "The Role of Civil-Military Pacts in the Elite Settlements and Elite Convergence: Democratic Consolidation in Uruguay", en Higley, John y Richard P. Gunther (eds.), *Elites and Democratic Consolidation in Latin America and Southern Europe*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Gunther, Richard y Jose Ramón Montero (2000). "Legitimacy, Satisfaction and Disaffection in New Democracies", paper presentado en la conferencia Political Disaffection in the European Democracies, Santiago de Compostela, 19-20 de octubre.

- Huntington, Samuel P. (1968). *Political Order in Changing Societies*, New Haven, Yale University Press.
- Huntington, Samuel P. (1991). *The third Wave. Democratization in the late Twentieth Century*, Norman y Londres, University of Oklahoma Press.
- Inglehart, Ronald (1977). *The Silent Revolution*, Princeton, Princeton University Press.
- Jessop, Robert D. (1974). *Traditionalism, Conservatism and British Political Culture*, Londres, Allen & Unwin.
- Kaase, Max y Alan Marsh (1979). "Political Action. A theoretical Perspective", en Barnes, Samuel H. , Max Kaase, et al., *Political Action. Mass Participation in five Western Democracies*, Beverly Hills, Sage.
- Kaase, Max y Kenneth Newton (1995). *Beliefs in Government*, Oxford, Oxford University Press.
- Kavanagh, Dennis (1989). "Political Culture in the Great Britain", en Almond, Gabriel A. y Sidney Verba (eds.), *The Civic Culture Revisited*, 2º edición, Newbury Park, Sage.
- Klingemann, Hans-Dieter y Dieter Fuchs (eds.) (1995). *Citizens and the State*, Oxford, Oxford University Press.
- Klingemann, Hans-Dieter (1999). "Mapping Political Support in the 1990s: a global analysis", en Norris, Pippa (ed.), *Critical Citizens. Global Support for Democratic Governance*, Oxford, Oxford University Press.
- Lagos, Marta (1997). "Latin America's Smiling Mask", en *Journal of Democracy*, Vol. 8, N°3.
- Lawrence, Robert Z. (1997). "Is it Really the Economy, Stupid?", en Nye , Joseph S. Jr., Philip D. Zelikow y David C. King, *Why People Don 't Trust Government*, Cambridge, Harvard University Press.
- Lerner, Daniel (1958). *The Passing of Traditional Society: Modernizing the Middle East*, Glencoe, Free Press.
- Linz, Juan J. (1984). "La sociedad española: pasado, presente y futuro", en Linz, Juan J. (ed.), *España: un presente para el futuro. La sociedad*, Vol. 1, Madrid, Instituto de Estudios Económicos.
- Linz, Juan J. y Alfred Stepan (1996). *Problems of Democratic Consolidation. Southern Europe, South America, and Post-Communist Europe*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Lipset, Seymour M. (1960). *Political Man. The Social Basis of Politics*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Lipset, Seymour M. y William Scheider (1983). *The Confidence Gap*, Nueva York, The Free Press.
- Listhaug, Olay y Matti Wiberg (1995). "Confidence in Political and Private Institutions", en Mainwaring, Scott (1999). "Democratic Survivability in Latin America", en Handelman, Howard y Mark Tessler (eds.), *Democracy and Its Limits*, Notre Dame, Notre Dame University Press.

- Mainwaring, Scott y Aníbal Pérez-Liñán (2000). *Modernization and Democracy in Latin America*, mimeo, Kellogg Institute for International Studies, University of Notre Dame.
- Maravall, José María (1984). *La política de la transición*, 2º edición, Madrid, Taurus.
- McAllister, Ian (1999). “The Economic Performance of Governments”, en Norris, Pippa (ed.), *Critical Citizens. Global Support for Democratic Governance*, Oxford, Oxford University Press.
- Mendrinou, Maria y Ilias Nicolacopoulos (1997). “Interests, Parties and Discontent in the Public Mind: Sympathy Scores for Greek Parties and Interest Groups”, paper presentado para el ECPR Congress, Berna.
- Merkel, Peter H. (1988). “Comparing Legitimacy and Values among Advanced Democratic Countries”, en Dogan, Mattei (ed.), *Comparing Pluralist Democracies*, Boulder, Westview Press.
- Meseguer, Covadonga (1998). “Sentimientos antipartidistas en el cono sur: un estudio exploratorio”, en *Latinoamérica Hoy*, N° 18.
- Miller, Arthur H. (1974). “Political Issues and Trust in Government: 1964-1970”, en *American Political Science Review*, N° 168.
- Miller, Arthur H. y Ola Listhaug (1990). “Political Parties and Confidence in Government: a Comparison of Norway, Sweden and The United States”, en *British Journal of Political Science*, N° 29.
- Miller, Arthur H. y Ola Listhaug (1999). “Political Performance and Institutional Trust”, en Norris, Pippa (ed.), *Critical Citizens. Global Support for Democratic Governance*, Oxford, Oxford University Press.
- Mishler, William y Richard Rose (2001). “What are the Origins of Political Trust? Testing Institutional and Cultural Theories in Post-Communist Societies”, en *Comparative Political Studies*, Vol. 34, N° 1.
- Moisés, José Álvaro (1995). *Os brasileiros e a democracia. Bases sócio-políticas de legitimacye democrática*, San Pablo, Ática.
- Montero, José Ramón y Leonardo Morlino (1995). “Legitimacy and Democracy in Southern Europe”, en Gunther, Richard P., Nikiforos Diamandouros y Hans-Jürgen Puhle (eds.), *The Politics of Democratic Consolidation. Southern Europe in Comparative Perspective*, Baltimore, The Johns Hopkins University Press.
- Montero, José Ramón, Richard Gunther y Mariano Torcal (1998). “Democracy in Spain: Legitimacy, Discontent, and Disaffection”, en *Studies in Comparative International Development*, Vol. 47.
- Morlino, Leonardo y Marco Tarchi (1996). “The Dissatisfied Society: the Roots of Political Change in Italy”, en *European Journal of Political Science*, Vol. 30, N°1
- Muller, Edward N. y Mitchell A. Seligson (1994). “Civic Culture and Democracy: The Question of Causal Relationships”, en *American Political Science Review*, 88, 635-652.

- Newton, Kenneth y Pippa Norris (2000). "Confidence in Public Institutions: Faith, Culture, or Performance", en Pharr, Susan J. y Robert D. Putnam (eds.), *Disaffected Democracies. What's Troubling the Trilateral Countries?*, Princeton, Princeton University Press.
- Norris, Pippa (1999a). "The Growth of Critical Citizens", en Norris, Pippa (ed.), *Critical Citizens. Global Support for Democratic Governance*, Oxford, Oxford University Press.
- Norris, Pippa (1999b). "Institutional Explanations for Political Support", en Norris, Pippa (ed.), *Critical Citizens. Global Support for Democratic Governance*, Oxford, Oxford University Press.
- Norris, Pippa (1999c). "Conclusions: the Growth of Critical Citizens and its Consequences", en Norris, Pippa (ed.), *Critical Citizens. Global Support for Democratic Governance*, Oxford, Oxford University Press.
- Nye, Joseph S. Jr. , Philip D. Zelikow y David C. King (1997). *Why People Don't Trust Government*, Cambridge, Harvard University Press.
- Nye, Joseph S. Jr. (1997). "Introduction: The Decline of Confidence in Government", en Nye, Joseph S. Jr. , Philip D. Zelikow y David C. King, *Why People Don 't Trust Government* , Cambridge, Harvard University Press.
- Orren, Gary (1997). "Fall from Grace: The Public 's Loss of Faith in the Government", en Nye, Josep S. Jr., Philip D. Zelikow y David C. King, *Why People Don 't Trust Government*, Cambridge, Harvard University Press.
- Parry, Geraint, George Moysen y Neil Day (1992). *Political Participation and Democracy in Britain*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Pharr, Susan J. y Robert D. Putnam (2000). *Disaffected Democracies. What's Troubling the Trilateral Countries*, Princeton, Princeton University Press.
- Pharr, Susan J. y Robert D. Putnam (eds.) (2000). *Disaffected democracies. What's troubling the trilateral countries*, Princeton, Princeton University Press.
- Putnam, Robert D., Susan J. Pharr y Russell J. Dalton (2000). "Introduction: What 's Troubling the Trilateral Democracies?", en Pharr, Susan J. y Robert D. Putnam (eds.), *Disaffected Democracies. What's Troubling the Trilateral Countries*, Princeton, Princeton University Press.
- Rose, Richard (1994). "Postcommunism and the Problem of Trust", en *Journal of Democracy*, Vol. 5, N° 3.
- Rose, Richard y William Mishler (1996). "Testing the Churchill Hypothesis: Popular Support for Democracy and its Alternatives", en *Journal of Public Policy*, N° 16.
- Shin, Doh C. y Huoyan Shyu (1997). "Political Ambivalence in South Korea and Taiwan", en *Journal of Democracy*, Vol. 8, N° 3.
- Torcal, Mariano (2002). *Disaffected but Democrats. The Origin and Consequences of the Dimensions of Political Support in New Latin American and Southern European Democracies*, Madrid (manuscrito).
- Torcal, Mariano y José Ramón Montero (2006). *Political Disaffection in Contemporary Democracies. Social Capital, Institutions, and Politics*, Londres, Routledge.

- Torcal, Mariano, José Ramón Montero y Richard Gunther. "The Attitudinal Dimension of Party Decline: Antiparty Sentiments in Southern Europe", en Gunther, Richard, Juan J. Linz y José Ramón Montero (eds.), *Political Parties in Contemporary Democracies*, Oxford, Oxford University Press, en prensa.
- Turner, Frederick C. y John D. Martz (1998), "Institutional Confidence and Democratic Consolidation in Latin America", en *Studies in Comparative International Development*, Vol. 32, N° 3.
- Wattenberg, Martin P. (1986). *The Decline of American Political Parties*, Cambridge, Harvard University Press.
- Weisberg, Jacob (1996). *Defense of Government: The Fall and Rise of Public Trust*, Nueva York, Scribner.
- Williams, John T. (1985). "Systemic Influences on Political Trust: The Importance of Perceived Institutional Performance", en *Political Methodology*, N° 11.
- Wright, James D. (1975). "Does Acquiescence Bias the «Index of Political Efficacy»?", en *Public Opinion Quarterly*, N° 39.

Palabras clave

Desafección política - desafección institucional - nuevas democracias - instituciones políticas - historia democrática

Key words

Political disaffection - institutional disaffection - new democracies - political institutions - democratic history

Abstract

This a comparative study of *institutional disaffection*, one of the dimensions of political disaffection, in new democracies. The aggregate levels of institutional disaffection do not reveal a well-defined third-wave cluster of countries; although on average institutional disaffection is higher among new democracies. This is so because institutional disaffection is not the product of the recent non-democratic experiences that gave the way to the third wave, but the result of decades of democratic history. Past democratic history not only explains different levels of institutional disaffection, but also the distinctive nature of institutional disaffection in new democracies.